

COLECCION CLASICOS VENEZOLANOS
DE LA ACADEMIA VENEZOLANA DE LA LENGUA

9

J. A. Pérez Bonalde

Tomo II



CAJACAN - PUNZILLA - MCMLEY

J. A. PEREZ BONALDE

V861
P438

COLECCION CLASICOS VENEZOLANOS V. 2
DE LA ACADEMIA VENEZOLANA DE LA LENGUA

9

J. A. Pérez Bonalde

TOMO II

CARACAS
VENEZUELA
MCMLXIV

COLECCION DE CLASICOS VENEZOLANOS

- I. — JOSE LUIS RAMOS
Estudio preliminar de Luis Beltrán Guerrero.
- II. — JUAN VICENTE GONZALEZ
Estudio preliminar de Pedro Grases.
- III. — CECILIO ACOSTA
Estudio preliminar de Oscar Sambrano Urdaneta.
- IV. — NICANOR BOLET PERAZA
Estudio preliminar de Augusto Germán Orihuela.
- V. — FERMIN TORO (Tomo I)
Estudio preliminar de Domingo Miliani.
- VI. — FERMIN TORO (Tomo II)
- VII. — RAFAEL MARIA BARALT
Prólogo de Rafael Yépes Trujillo.

Los próximos volúmenes contendrán selecciones de
*Andrés Bello, Rufino Blanco Fombona, Manuel
Díaz Rodríguez* y otros.

*Este volumen se publica mediante
el aporte financiero de la
Fundación Shell de Venezuela*

Coordinador General: Guillermo Morón.

PRESENTACION

J. A. Pérez Bonalde sólo publicó cuatro obras; éstas aparecieron en Nueva York, donde el poeta vivió tanto, por un lapso de diez años. La primera, Estrofas, salió en 1877; la segunda, Ritmos, en 1880; la tercera, El Cancionero, en 1885; la última, El Cuervo, en 1887. (El Intermezzo lírico de Heine, que nuestro autor tradujo con tanto esmero y que editó, suelto, en 1877, había aparecido ya en Estrofas; El Poema del Niágara, que formó parte de Ritmos, salió también, suelto, en 1883).

Cuatro obras, pues. Estrofas contenía, además de cuarenta poemas originales, trece traducciones; la más importante de éstas, el Intermezzo lírico. Ritmos, aparecida tres años después que aquélla, agrupaba, intercalados, sesenta poemas originales y catorce traducciones.

La labor de Pérez Bonalde, así, abarca dos campos perfectamente delimitados: el original (Estrofas, Ritmos) y el traducido (El Cancionero, El Cuervo). El primero de estos (Das Buch der Lieder), del alemán Heinrich Heine; el segundo (The Raven), del norteamericano Edgar Allan Poe.

Este Tomo II de J. A. Pérez Bonalde recoge — como el Tomo I la obra personal — su obra traducida: en primer lugar, El Cancionero, publicado en 1885; lo sigue El Cuervo, de 1887; siguen, luego, las Otras traducciones, que reúnen, con las referencias necesarias en cada caso, las que integraron a Estrofas y a Ritmos, y, por último, la Venus Victrix de Saint-Victor, que le editaron al poeta, como homenaje, en 1890, sus amigos de Caracas.

PEDRO PABLO PAREDES.

EL CANCIONERO¹

(1885)

(*Das Buch der Lieder*. Heinrich Heine. Traducción directa).

¹ Seguimos fielmente la primera edición fechada el 1° de setiembre de 1885 en Nueva York, *Tip. de Thompson & Moreau*.

EL ESFINGE

Prefacio a la tercera edición alemana.

*Estoy en la antigua floresta encantada,
los tilos esparcen su aroma sutil;
del astro nocturno la luz argentada,
con mágico hechizo se adueña de mí.*

*Avanzo en las sombras con pie temerario,
y al punto en los aires resuena una voz;
la voz del alado cantor solitario
que canta las glorias y penas de Amor.*

*Las glorias y penas de Amor canta el ave:
las dulces sonrisas, el llanto de hiel;
tan triste es su queja, su trino tan suave,
que en mi alma despiertan los sueños de ayer.*

*Mi planta en las sombras, intrépida, avanza:
un claro del bosque se ofrece ante mí,
y en él un castillo gigante se lanza
sus torres aéreas al alto cenit.*

*Cerradas se miran ventanas y puertas;
¡tristeza y silencio, mortal soledad!
Aquellas sombrías murallas desiertas
parece que entrañan la muerte glacial.*

*Del atrio, un Esfinge custodia el camino,
conjunto de gracias y espanto a la vez:
el cuerpo y las garras de bruto felino,
el rostro y el seno de hermosa mujer.*

*¡Mujer hechicera! ¡Su blanca pupila
irradia en ardientes deseos de amor;
sus labios plegados en curva tranquila,
sonríen promesas de oculta pasión . . . !*

*El bardo del bosque cantó dulcemente;
tan dulce, que en vano fue ya resistir:
besé, delirante, la cándida frente,
y al punto el hechizo cayó sobre mí:*

*la efigie marmórea de pronto se anima;
la piedra, sus formas empieza a mover;
su boca a mi boca, sedienta, aproxima,
y apaga en mis besos de fuego su sed.*

*Bebíome de un beso voraz el aliento;
y, al fin, en un raptó de fuego sensual,
ciñóme en sus brazos con nudo violento,
sus garras abriendo mis carnes al par.*

*¡Tormento sublime! ¡Glorioso martirio!
¡Dolor infinito de eterno placer!
¡Gozar de sus besos el sumo delirio,
sufrir de sus garras la herida crúel!*

*El músico alado cantó en la espesura:
« ¡Oh, Esfinge hechicero! ¡Oh, Amor inmortal!
¿Por qué a la agonia de eterna tortura
tus goces divinos mezclados están . . . ? ».*

*« ¡Oh, Esfinge adorado! ¡Descórreme el velo
que encubre el enigma fatal para mí . . . !
Buscando su clave, con hondo desvelo,
en ello he pensado mil años y mil ».*

Muy bien pude haber dicho todo esto en buena prosa, pero cuando en vista de una nueva edición se releen los viejos versos con el objeto de darles un toque final, está uno expuesto a caer, sin pensarlo, en el antiguo hábito de la rima y la cadencia, y de ahí este prefacio en verso a la tercera edición del Cancionero. ¡Oh, Febo Apolo! Si resultaren malos estos versos, tú me lo perdonarás benévolo . . . que omnisciente dios eres, y sabes muy bien por qué, desde hace tantos años, he dejado de manejar el metro y el repiqueteo del consonante . . . Bien sabes por qué la llama que un tiempo electrizó al mundo con una brillante exhibición de esplendores pirotécnicos ha tenido de súbito que dedicarse a más serias y graves conflagraciones . . . ¡Bien sabes también por qué ahora, con fuego latente, me está consumiendo el corazón . . . ! Tú me comprendes, ¡oh, grande y hermoso dios . . . ! Tú que a las veces, cambias la lira de oro por el recio arco y las mortales flechas . . . ¿Te acuerdas aún de cierto Marsyas a quien desollaste vivo? Mucho hace de eso, y tal vez haga falta ahora otro ejemplo como aquél . . . ¡Ah . . . ! ¡Te ríes, oh, eterno Padre mío!

HEINRICH HEINE.

Escrito en París, el 20 de Febrero de 1839.

CUITAS JUVENILES

(1817-1821)

SUEÑOS

I

Soñé una vez con férvidos amores,
con rizos de oro y ramas florecidas,
con dulces labios, con amargas quejas,
y con himnos de triste melodía.

¡Volaron, ay, los sueños . . . ! ¡Para siempre,
mi más cara visión también es ida . . . !
Quedó no más lo que, ardoroso, un tiempo
exhalé de mi pecho en débil rima.

Quedaste tú, huérfano canto: ¡vuela,
vuela también! y a la visión perdida
busca, y dile en mi nombre al encontrarla,

que la saluda, amante, el alma mía,
y que a su sombra vaporosa, en tanto,
¡su vaporoso aliento le dedica!

II

Un sueño pavoroso tuve un día,
que me llenó de espanto y de alegría;
y ante mi vista aún, hoscas, se mecen
mil visiones que el pecho me estremecen:

Por un jardín fantástico y ameno,
vagaba yo con ánimo sereno;
las flores me miraban con ternura,
y rebosaba mi alma de ventura.

Entre las ramas, las parleras aves
modulaban de amor trovas süaves;
y el rojo sol, entre áureos esplendores,
sus matices de luz daba a las flores.

Las balsámicas hierbas de las lomas
vertían en el aire sus aromas;
todo brillaba y sonreía en torno,
brindándome las glorias de su adorno.

Bañaba aquella tierra peregrina
una fuente de mármol, cristalina;
y en ella vi una cándida hermosura
que lavaba una blanca vestidura.

Su rubia faz y púdica mirada
eran de santa virgen retratada;
y aunque por vez primera la veía,
creyó reconocerla el alma mía.

Canta la hermosa al exprimir la tela,
y dice así, su extraña cantinela:
« ¡Corre — y tu linfa toda mancha borre
de este blanco cendal —, corre, agua, corre! ».

Tímido entonces acerquéme a ella,
y así le dije: « ¡Oh, mágica doncella!
¡Oh, hermosa niña, la del dulce canto!
Dí, ¿para quién ese nevado manto? ».

Y respondió: « ¡Prepárate a tu suerte;
lavando estoy tu túnica de muerte! ».
Y esto al decir, como vapor sombrío,
desvaneciósse el cuadro en el vacío.

Por magia, al punto me encontré en un yerto
profundo bosque lóbrego y desierto;
los árboles se erguían y yo, en tanto,
absorto, meditaba ante el encanto.

Súbito, rasga el aire sordo eco,
cual de una hacha lejana el golpe seco;
corro, y salvando breñas y maraña,
a un claro llego, al fin, de la montaña.

En medio del verdor, enhiesto, inmoble,
su copa eleva gigantesco roble.
Y ¡oh, sorpresa! Con hacha reluciente,
hiende el tronco la niña de la fuente.

Y mientras golpe sobre golpe apura,
blandiendo el hacha sin cesar, murmura:
« ¡Acero relumbrante, acero noble!
¡Lábrame un arca de este duro roble! ».

Rápido, entonces acerquéme a ella,
y así le dije: « ¡Oh, mágica doncella!
Dí, ¿para quién esa funesta caja
del árbol secular tu acero taja? ».

« ¡Corto es el tiempo, dijo, y transitorio:
labrando estoy tu fúnebre mortuorio! ».
¡Y esto al decir, como ligera espuma,
desvaneciósese el cuadro entre la bruma!

Espesa lobretez el bosque inunda,
¡y en torno es todo soledad profunda . . . !
Lo que por mí pasó . . . decir no puedo;
sólo sé que de horror temblaba, y miedo.

Alcé la vista y divisé a lo lejos
de albo cendal los cándidos reflejos;
lánzome en pos de la ondulante huella,
llego, y . . . qué miro; ¡oh, cielos . . . ! ¡era ella!

Allí, armada de fúnebre piqueta,
la tierra ahondando está con mano inquieta;
¡yo, en tanto, a verla apenas me atrevía,
tan hosca y bella a un tiempo parecía!

Canta la hermosa, la piqueta alzando,
y así decía con acento blando:
« ¡Piqueta de metal puro y sin mancha,
una fosa bien honda ábreme, y ancha! ».

Trémulo, entonces acerquéme a ella,
y así le dije, en tímida querella:
« ¡Oh, mágica beldad! ¡Oh, niña hermosa!
Dí, ¿para quién esa profunda fosa? ».

« ¡Silencio! » a responderme se apresura:
« ¡Cavando estoy tu helada sepultura! ».
Y apenas dijo así, lóbrega y fría,
se abrió la tumba ante la vista mía.

Quise en su fondo ver, mas al instante
sudor de hielo me cubrió el semblante,
y en la tiniebla sepulcral, sin vida
caí rodando . . . ¡y desperté en seguida!

III

En sueños, una vez, me vi de gala
vestido: negro frac, veste de seda,
puños de encaje, en fin, cual convidado
que a la fiesta nupcial ansioso vuela.

Cerca de mí, la amada de mi alma,
tierna, lucía su sin par belleza:
inclinéme y le dije: « ¿Sois la novia . . . ?
¡Mil venturas mi espíritu os desea! ».

Dije, y al punto, cual dogal tirano,
la horrible frase mi garganta aprieta;
llanto de hiel se desprendió a raudales
de los divinos ojos de la bella.

¡Llanto que me ocultó su faz hermosa . . . !
¡Oh, dulces ojos, del amor estrellas!

¡Cuántas veces en sueños y en vigilia
me engañasteis . . . ! ¡Mas, ay, el alma ciega
fía en vosotros a pesar de todo,
y amante, se complace en su creencia!

IV

En sueños, otra vez, vi un hombrezuelo
que andaba a trancos, estirado y pulcro,
blanco lino gastaba y rico traje,
mas alma y corazón llevaba sucios.

Por dentro era vulgar y repulsivo;
por fuera, distinguido y de buen gusto;
y hablaba del valor con desenfado,
cual hombre en lances y proezas ducho.

« ¿Sabes quién es? Pues mira aquí » — me dijo
el dios del sueño — y descubrióme al punto
vívida escena en encantado espejo:

él y mi amada ante un altar columbro:
¡sí! — dicen ambos — y con risa infame,
¡amén! responden mil demonios juntos . . .

V

¿Qué es lo que agita mi irritada sangre?
¿Qué ígneo volcán me quema el corazón?
Hierve mi sangre en inflamadas ondas,
y arde mi pecho en fuego abrasador.

Arde . . . porque de un sueño pavoroso
vuelve a la mente la fatal visión:
vino el pálido hijo de la noche,
y en sus alas sombrías me llevó.

Llevóme a una mansión resplandeciente
do todo era bullicio animador;
y al brillo de las fúlgidas antorchas,
y al son del arpa, penetré al salón.

Era una boda; los gozosos huéspedes
al triunfo liban del pequeño dios;
tendí la vista a la feliz pareja,
y, ¡oh, tortura . . . ! ¡la novia era mi amor!

¡Era mi amada, sí . . . mas, ay, el novio
era un desconocido . . . ! En tanto, yo
tras el palio nupcial corrí a ocultarme,
y allí me estuve inmóvil y sin voz.

¡Rompió la orquesta . . . ! y yo no me movía;
aquel ruido feliz me entristeció;
y ella gozaba, mientras él, dichoso,
la mano le estrechaba con pasión.

Llenó el novio la copa; bebió en ella,
y, galante, después se la ofreció . . .
Bebió la hermosa y sonrió . . . ¡Dios mío . . . !
¡Era mi roja sangre aquel licor!

Dióle ella entonces una manzana linda,
y él la partió con su cuchillo, en dos . . .
¡Atroz tortura . . . ! Aquel herido fruto
era, ¡oh, dolor! mi propio corazón.

Tiernamente, uno a otro se miraron:
él, de sus labios en la roja flor
un ósculo imprimió . . . ¡y al mismo instante
a mí la helada muerte me besó!

Cual plomo abrumador sentí la lengua,
y articular no pude ni una voz . . .
Rompió la orquesta, y la pareja hermosa
lanzóse de la danza en el turbión.

Y mientras, mudo, en mi redor veía
girar la sala en círculo veloz,
algo le dijo el novio, que a su frente
trajo el rubor . . . , mas el enojo, ¡no!

VI

¡Oh, encantada visión! ¡Oh, dulce sueño!
A mi humilde desván, pobre y pequeño,
vino una noche silenciosa y fría,
por encanto de amor, la amada mía.

Quedé extasiado ante su faz de diosa,
y tiernamente me sonrió la hermosa;
su dulce risa me hechizó al instante,
y audaz le dije, en explosión amante:

« Todo, todo, mi bien, cuanto poseo,
es tuyo; tuyo es; sólo deseo
tu amante ser, ¡oh, dicha embriagadora!
desde la media noche hasta la aurora ».

Miróme con insólita extrañeza,
llena a un tiempo de amor y de tristeza,
y así me dijo, con profunda calma:
« Dame no más la salvación de tu alma ».

« Mi dulce juventud, mi vida entera,
mi sangre generosa por ti diera
gozoso, ¡oh, virgen de mi amor querida . . . !
Mas ¡nunca mi esperanza en la otra vida! ».

Nada valieron mis palabras, bella
aun más que nunca, la sin par doncella
tornó a decirme con la misma calma:
« dame, no más, la salvación de tu alma ».

Fúnebres resonaron en mi mente
estas palabras, y en raudal candente,
bajaron de mi alma al hondo abismo . . .
Faltóme el aire y el aliento mismo.

De ángeles níveos se pobló la estancia,
de áureo esplendor y célica fragancia;
y al mismo tiempo, una legión sombría
de negros duendes el espacio hendía.

Lanzáronse en batalla a los querubes,
que, vencidos, perdiéronse en las nubes;
y, al fin, huyó también en la tiniebla
la oscura hueste, como frágil niebla.

Yo, en tanto, extasiado de ventura,
estrechaba en mis brazos su hermosura,
y ella, cual sierva tímida, en mi pecho
el rostro hundía en lágrimas deshecho.

Yo, que sabía la razón del llanto,
besé sus labios por calmarla un tanto;
« ¡No llores más, mi bien, calma tu duelo . . . ,
cede a la llama de mi amante anhelo! ».

« ¡Cede a la llama de mi amante anhelo! ».
Dije, y mi sangre se convierte en hielo;
ruge la tierra, y tiembla y se levanta,
y un abismo se abrió bajo mi planta.

La hosca legión, de la profunda grieta
brotó al instante; y mi adorada, inquieta,
huyó veloz de mi amoroso lado,
dejándome sin luz y abandonado.

En fantástica ronda, en torno mío,
saltando gira el escuadrón sombrío;
y el círculo infernal cerrando aprisa,
el aire llenan de estridente risa.

Y más y más el círculo se estrecha,
cantando siempre su fatal endecha:
« ¡Cediste el cielo a su pasión traidora,
y ya eres nuestro para siempre, ahora! ».

VII

¡Qué bien estás en mis brazos!
¡Qué bien en mi corazón!
¡Yo soy tu cielo infinito,
tú, mi más amado sol!

A nuestras plantas se agita
la turba loca y feroz,
y gruñen, gritan y rabian
por lo que llaman honor;

y suenan los cascabeles
de sus gorras de bufón,
y a culatazos se rompen
la crisma, que es un primor . . .

¡Qué felices, lejos de ellos,
somos a un tiempo los dos,
cuando la frente en tu cielo
escondes, amado sol!

VIII

De la mansión bendita
do el dulce dueño de mi amor habita,
salí una vez, a la hora en que su broche
abre la flor del nocturnal misterio;

y vagando, sumido en las pavoras
y en el hondo pensar de media noche,
vi, al cruzar el oscuro cementerio,
que moviendo sus tétricas figuras,
me llamaban las blancas sepulturas.

La tumba del cantor, que recibía
el rayo de la luna macilento,
abrió su losa fría,
como en señal de mudo llamamiento,
y un susurro se oyó, que dijo: « Hermano,
al punto vengo », y cual vapor liviano,
salió el alma del triste monumento.

Era el cantor, que, al túmulo trepando,
en la piedra más alta tomó asiento;
y del laúd las cuerdas rasgueando
en ímpetu violento,
así cantó con estentóreo acento:

« ¡Ea, cuerdas sin voz! ¿La antigua y tierna
canción no recordáis, que ardiente un día
daba al pecho calor?

Los ángeles lo llaman dicha eterna,
los demonios, satánica agonía,
y los hombres, ¡amor! ».

Apenas resonaron sus últimas palabras,
abriéronse las tumbas en torno del cantor,
y en círculos de sombras, los pálidos fantasmas
rodeándolo, cantaron en coro atronador:

« ¡Amor, amor! tu poder
nos trajo aquí a reposar,
y los ojos nos cerró . . .
¿Por qué ahora, dí, querer
en nuestra noche evocar
el dolor que ya pasó? ».

En rauda batahola, gimieron y silbaron,
y aullaron y rugieron los hijos del pavor;
y en torno, enloquecidos, del músico giraron,
que al punto hirió las cuerdas con lúgubre furor.

« ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Siempre locos!
¡Bienvenidos sed, hermanos,
que tan pronto comprendisteis
la palabra del encanto! ».

Encerrados aquí estamos,
año viene y año va,
y es preciso que hoy gocemos;
mas, primero, ved que estemos
a cubierto del mortal:

Locos fuimos en el mundo,
cuando dimos en gastar
nuestras locas energías
en las falsas alegrías
del afecto terrenal.

Cuenta ahora cada uno
lo que le hubo de pasar:
sus terrores, su agonía,
en la ardiente cacería
del amor y la beldad.

Del círculo al instante, cual ráfaga ligera,
salió una sombra pálida, que habló de esta manera:

« Aprendiz de sastrería
era yo en mi edad primera,
y mejor que yo, no había
con la aguja y la tijera;
pero vino, ¡oh, suerte impía!
del maestro la heredera,
y me hirió en el pecho un día,
con la aguja y la tijera ».

Rompieron los espectros en risa placentera:
salió otra sombra lívida, y habló de esta manera:

Muchas glorias de este suelo
(cual Rinaldo Rinaldini,
Carlos Muro y Orlandini)
me sirvieron de modelo.

De aquellos héroes a usanza,
adorar quise a una bella,
y a la más linda doncella
mi amor rendí y mi esperanza.

De tanto amar perdí el tino,
y al verme en apuro urgente,
metí la mano, impaciente,
en la bolsa del vecino.

Y el guardia civil reía,
diciendo que yo quería
las lágrimas de mi anhelo
enjuagar con el pañuelo
que mi vecino traía.

Y no satisfecho el tal,
llevóme a lugar más santo,
do en regazo maternal,
me acogió bajo su manto
la mansión correccional.

Junto a la rueca vivía,
pensando en mi amor, sin calma,
hasta que la sombra impía
de Rinaldo, cierto día,
vino y cargó con mi alma.

Rompieron los espectros en risa placentera;
salió un tercer espíritu, y habló de esta manera:

Era yo rey del proscenio,
en el papel de galán;
cuántas veces clamé: « ¡oh, dioses! ».
Y cuántas suspiré: « ¡ay! ».

Era *Mórtimer* mi fuerte,
por su dama sin rival;
mas pasó lo de costumbre:
me desdeñó la beldad.

Y una vez, al fin del acto,
« ¡oh, María! » al exclamar,
un poco más de lo justo
me hundí en el pecho el puñal.

Resuena la algazara, el cuarto se adelanta
que, envuelto en un sudario, sus cuitas así canta:

Hablando el catedrático, quedéme yo dormido;
tan larga era su tesis, tan árida y prolija.
Mil veces, ay, mil veces hubiera preferido
soñar entre los brazos divinos de su hija.

¡De lo alto de sus rejas, amante, me veía
la rosa de las rosas, mi fúlgido lucero . . . !
La rosa de las rosas, empero, pasó un día,
del árido Magister a un necio con dinero.

Maldije de las hembras, del oro y de su estrago;
mezclé en el vino amargo, letal adormidera;
después llamé a la muerte, y echamos un buen trago:
« ¡Salud! me dijo, y ¡vamos!; ¡conmigo no hay
[espera! ».

Colgándole, fatídica, la cuerda a la garganta,
en medio de las risas el quinto se adelanta:

Frente a una bota de vino,
jactábase el conde, un día,
de sus magníficas joyas
y de su cándida hija.

— « ¿Qué me importan, condezuelo,
a mí tu halajas ricas . . . ?
¡Mucho más me llena el alma
la hermosura de tu niña! ».

Tras cerrojos y altos muros,
guardaba joyas e hija;
y una larga servidumbre
el castillo defendía.

¡Qué me importan, a mí, llaves,
ni muralla, ni vigías . . . !
Sin temor, trepé las gradas
de la escalera . . . y ¡arriba!

Llegué firme a la ventana
del encanto de mi vida,
cuando, abajo, escuché voces
que entre pestes, me decían:

« ¡Ea, amigo! que yo quiero
ser también de la partida,
pues tampoco me disgustan
las preciosas prendas finas . . . ».

Burlóse el conde a sus anchas,
y me echó la garra encima,
mientras en torno los criados
me formaban una grita.

« ¡Id al demonio, canallas!
¡Ladrón no soy, a fe mía!
¡Sólo deseaba llevarme
a la que es luz de mi vida! ».

No valió defensa alguna;
mis protestas nada hacían;
y sin pararse en razones,
me echaron la cuerda aprisa.

Cuando el sol en el oriente
prendió su llama divina,
asombróse al contemplarme
pendiente de la horca impía.

Del círculo de risas, avanza con presteza
el sexto, entre las manos trayendo la cabeza:

Para distraer las penas
de mi infortunado amor,
a cazar, fusil en mano,
salí al bosque una ocasión;
y el ave de mal agüero
lúgubrememente gritó:
« ¡Ya acabó! ¡Ya acabó! ».

¡Ay si encontrara una tórtola
para llevarla a mi amor . . . !
Así pensaba, y el bosque
en redor espiaba yo
con el ojo penetrante
del experto cazador . . .

¡Qué arrullo es ése que oigo . . . ?
Cabal: ¡dos palomas son!
Deslicéme con cautela
por entre el fresco verdor;
armo el fusil y . . . ¡qué miro . . . !
¡Era mi tórtola, oh, Dios!

¡Era mi novia adorada
en brazos de otro amador . . . !
Hora, cazador: buen ojo,
y apunta con precisión:
disparé, y el extranjero,
bañado en sangre rodó.

Poco después, del verdugo
el cortejo aterrador,
conmigo al frente, cruzaba
el bosque a paso veloz;

y el ave de mal agüero
desde la selva graznó:
« ¡Ya acabó! ¡Ya acabó! ».

Llegó su vez al trovador nocturno,
que, después de reír, dijo a su turno:

¡Yo también canté un día
de la pasión impía
los triunfos y rigores;
mas, por fortuna, mi canción de amores
ya olvidada se halla;
que si en el pecho el corazón estalla,
lo mejor, según veo,
es mandar las canciones a paseo!

La turba, en raudo remolino corre,
mientras su risa atronadora zumba . . .
¡Sonó *la una* en la vecina torre,
y hundiéronse los muertos en la tumba!

IX

En tranquilo y sereno
sueño feliz a todo mal ajeno,
surgió ante mí, como radiante diosa,
la visión, entre todas, más hermosa.

Como níveo alabastro,
pálida es, y pura como un astro;
suelto lleva el cabello, y su pupila
fulgor de perla y de zafir rutila.

Con süave armonía,
la marmórea doncella se movía;
y tierna, reclinándose en mi pecho,
blando nido su frente halló en mi pecho.

¡Cómo, ardiente, latía
mi corazón, de pena y de alegría . . . !
¡No el suyo así, que frío como nieve,
ni late, ni palpita, ni se mueve!

« Mi corazón de hielo,
me dijo, no se agita en hondo anhelo;
mas no por eso del amor ignoro
el mágico poder, ni su tesoro ».

« Roja sangre no enciende
mi corazón, ni en mi mejilla prende
vivo carmín; mas oye y no te asombres:
¡eres mi preferido entre los hombres! ».

Hasta el dolor agudo,
ciñóme, ardiente, en voluptuoso nudo . . .
Cantó el gallo, y sin ruido, en el ambiente
despareció la hermosa de repente.

X

Tanto y tanto los muertos he invocado
al mágico poder de mi conjuro,
que vinieron al fin, y hora al nublado
no quieren retornar de su antro oscuro.

La fórmula que rompe los encantos
olvidé en mi terror, y hoy, ellos mismos
los muertos son, que a su mansión de espantos
me llaman, y a sus lóbregos abismos.

¡Atrás! ¡Atrás, maldita muchedumbre!
¡Demonios, alejaos de mi presencia,
que aún goces puede haber bajo la lumbre
del sonrosado sol de la existencia!

¡Y he de luchar, hasta alcanzar un día
la flor de mi soñada venturanza . . . !
¿Qué fuera de la triste vida mía,
si en su amor no cifrara mi esperanza?

Una vez nada más, con ansia loca,
quiero estrechar su cuerpo peregrino;
¡Sólo una vez, en su purpúrea boca
libar el néctar del dolor divino!

Una vez, de su labio oír deseo
la confesión de su alma enamorada . . .
¡Y después, oh, fantasmas del Leteo,
seguiros al abismo de la nada . . . !

Oyéronme los muertos, y sus sienes
inclinaron en muda cortesía:
« ¡Astro de mi esperanza! aquí me tienes;
dí, ¿me amas, me amas, vida mía? ».

CANCIONES

I

Al despuntar el alba me incorporo
y digo: ¿vendrá hoy mi dulce encanto?
Baja el sol a su ocaso, y gimo y lloro;
¡hoy tampoco vendrá la que amo tanto!

¡Llega la noche; crece mi amargura,
y en vano invoco el sueño en mi agonía
y, soñando despierto, a la ventura
paso vagando en soledad el día!

II

De un punto a otro la ansiedad me impele;
en breve, en breve, al ser idolatrado
habré de ver, la bella entre las bellas;
¡corazón, corazón, no latas tanto!

¡Qué lentas, qué tardías son las horas!
 En soñoliento y perezoso bando,
 se deslizan, se arrastran indolentes . . .
 ¡Oh, bando perezoso, apresuraos!

En vano en mi impaciencia me rebelo;
 nunca amaron las horas, nunca amaron;
 y unidas en secreto, en liga odiosa,
 ¡se burlan, ay, del triste enamorado!

III

Vagaba yo entre los árboles
 a solas con mi dolor;
 vino el sueño de otros tiempos,
 y se entró en mi corazón.

— ¿Quién, pajarillos del cielo,
 esa frase os enseñó?
 ¡Callad! que cuando la escucho,
 se renueva mi aflicción.

— « La cantaba una doncella
 al pasar por este alcor,
 y así fue que aprisionamos
 la dulcísima canción ».

— No volváis a repetirla,
 pájaros de dulce voz;
 queréis robarme mi pena,
 mi pena que es, ay, mi sol,
 ¡mas yo de nadie me fío,
 pajarillos del alcor!

IV

Tu mano apoya contra el pecho mío;
 ¡oyes de un rudo golpe la inquietud?
 Es que hay adentro un carpintero impío
 que labra mi ataúd.

Y no cesa un instante el golpe fiero,
y en vano intento al sueño recurrir . . .
¡Acaba, acaba pronto, carpintero,
y déjame dormir!

V

Bella cuna de mis penas,
bella tumba de mi calma,
de mi ser suaves cadenas,
¡adiós os dice mi alma!

¡Adiós, adorados lares
que amparáis a la hechicera!
¡Adiós, benditos lugares
do la vi por vez primera!

A no haberte conocido,
reina de mi corazón,
jamás hubiera sufrido
esta insondable aflicción.

Ni moverte a simpatía,
ni implorarte fue mi intento;
sólo en paz vivir quería
do se exhalaba tu aliento.

Mas me expatrió tu desvarío,
dejando tu acerbo labio
en mi mente el desvarío,
y en mi pecho eterno agravio;

y hoy arrastro el pie indolente,
tras el bordón del romero,
hasta reclinar la frente
allá, en sepulcro extranjero.

VI

Aguarda, piloto, aguarda;
aguarda y no te impacientes,
que antes quiero despedirme
de dos hermosas mujeres:
de Europa y de la adorada
que reina sola en mi mente.

Destila sangre mi cuerpo,
y sangre mis ojos vierten,
para que escriba con sangre
de mi corazón doliente,
la historia de un alma triste
que entre martirios perece.

¿Por qué dime, vida mía,
por qué tiembles hoy al verme
pálido y bañado en sangre . . . ?
¿Por ventura, es hoy que adviertes,
después de tan largos años,
la desgracia que me hiere . . . ?

¿La leyenda no conoces
de aquella pérfida sierpe
que con el falso regalo
de una manzana luciente,
a nuestros primeros padres
sumió en lágrimas por siempre . . . ?

¡Ay! ¡Cuánto mal en el mundo
de las manzanas procede . . . !
Eva la muerte nos trajo,
Eris trajo las ardientes
llamas de Troya; tú, ambas:
¡tú, las llamas y la muerte!

VII

Reflejan a la par monte y castillo
del Rin las aguas, como claro espejo,
y boga en tanto mi fugaz barquillo
que baña el sol con su inmortal reflejo.

El juego de las ondas y los vientos,
silencioso, en la prora observo en calma,
y despiertan en mí los sentimientos
que duermen en el fondo de mi alma.

Convidando al placer, ostenta el río
su albo cristal . . . Mas, ¡ay! que no me engaña:
arriba es luz, pero en su centro frío
la muerte esconde y la tiniebla entraña.

Gozo en la superficie; abajo insidia . . .
¡Raudal, tú eres la imagen de mi amada!
Ella también oculta su perfidia
bajo su dulce y cándida mirada.

VIII

Al principiar mi tortura,
casi me desesperé,
pues nunca, nunca juzgué
soportar tanta amargura.

Empero, la soporté . . .
« ¡Cómo? » diréis por ventura . . .
— ¡Ah, no aumentéis mi tortura,
no preguntéis cómo fue!

IX

Con rosas y adelfas y clavos de oro,
 debiera este libro adornar;
 y en él, como en urna mortuoria, el tesoro
 guardar de mi estro fatal.

¡Quién, ay, quién pudiera también a la fosa
 lanzar el amor infeliz . . . !
 Del almo descanso la flor misteriosa
 despliega sus hojas allí.

Allí los mortales, tras dura existencia,
 en pos de su aroma se van . . .
 Mas, ¡ay! cuando llegue mi turno, su esencia
 será para mí nada más.

Son estos los cantos que un tiempo sin calma,
 cual lava que el Etna arrojó,
 brotaron ardientes del fondo del alma,
 en chispas de vivo fulgor.

Y hoy pálidos yacen sin brillos ni galas;
 mas pueden dejar su ataúd,
 si Amor extendiendo sobre ellos sus alas,
 los vuelve a la vida y la luz;

y un algo secreto me dice que un día
 Amor en su auxilio vendrá,
 y que estas estrofas, lejana alma mía,
 al fin hasta ti llegarán.

¡Y entonces la magia del canto, rompiendo
 la valla que el arte le alzó,
 hará que las letras te miren sonriendo,
 y frases te digan de amor!

BALADAS

I

El Triste.

La vista del joven pálido
a todos causa tristeza,
pues lleva escrita en el rostro
la intensidad de su pena.

Los céfiros compasivos
la ancha frente le refrescan,
y amor sin trabas le brinda
más de una altiva doncella.

Del ruido de las ciudades,
huye al fondo de la selva,
donde susurran las hojas
y los pájaros gorjean.

¡Mas cesan luego los trinos,
y callan hojas y yerbas,
cuando el Triste de los Bosques,
meditabundo se acerca!

II

La Voz de la Montaña.

Del hondo valle el áspero sendero
desciende a paso lento un caballero:
« ¡Ay, quién me espera al término del viaje! ».
Dice con voz que el sufrimiento entraña.
« ¡Será mi amor . . . ? ¡Será la oscura tumba . . . ? ».
Y respondió la voz de la montaña:
¡La oscura tumba!

Y sigue el caballero cabalgando,
y gime en tono lastimero y blando:
« ¡Cuán pronto bajo el seno de la muerte!
¡Mas, ay, tras esta lucha de la tierra,
al menos hallaré paz en la tumba! ».
Y respondió la voz desde la sierra:
¡Paz en la tumba!

Lágrima ardiente de amargura brilla
del pálido viajero en la mejilla:
« ¡Sé bienvenida, exclama; a divisarte,
apenas, ay, alcanzo en mi horizonte,
oh, paz del corazón, sólo en la tumba . . . ! ».
Y tornó a repetir la voz del monte:
¡Sólo en la tumba!

III

Los dos Hermanos.

Entre rocas escarpadas,
la noche envuelve el castillo,
mientras en el valle, cruzadas,
lanzan eléctrico brillo
las hojas de dos espadas.

Hermanos son que un insano
furor al combate lanza;
¿Por qué, decid, el hermano
sobre el hermano así avanza
con el acero en la mano?

Los ojos arrobadores
de la condesa Dolores
prendieron la intensa llama;
y los dos, ebrios de amores,
arden por la noble dama.

¡A cuál de los dos, empero,
brinda con su amor la vida,
y es en su pecho el primero . . . ?
Pues nada hay que lo decida,
¡ven a decidirlo, acero!

¡Ay de vosotros, profanos!
¡Ay de ti, valle sangriento!
Y cayeron los hermanos,
rindiendo el último aliento,
con el arma entre las manos.

Más de cien generaciones
con los siglos han pasado,
y aún se yergue, triste, aislado,
sobre los altos peñones,
el castillo abandonado.

Mas, por la noche, un misterio
en el valle a los villanos
asombra: a las doce, insanos,
vienen desde el cementerio
a batirse los hermanos.

IV

El pobre Pedro.

1.

Con ruidoso contento, en dulce nudo
unidos, bailan Margarita y Diego;
en tanto, Pedro, silencioso y mudo,
pálido yace, cual extinto fuego.

Novios son los danzantes, y galanos,
lucen de boda el traje lisonjero,
mientras Pedro, mordiéndose las manos,
la ropa viste del humilde obrero.

Mirólos con tristeza largo rato,
y luego dijo así, para su pecho:
« ¡Si no fuera tan cuerdo y tan sensato,
algo horrible y fatal ya hubiera hecho! »

2.

¡Un torcedor dentro del alma llevo
que el pecho, sin piedad, me martiriza;
y a dondequiera que la planta muevo
me sigue, me tortura y me esclaviza!

Impéleme el dolor al lado suyo,
como si en ella el bálsamo se hallara;
mas, cuando llego y la contemplo, huyo
triste y veloz, de su belleza rara.

Subo, a veces, del monte al pico erguido,
su paz buscando y silencioso encanto;
y al verme allí, del mundanal rüido
lejos y solo, me desato en llanto.

3.

El pobre Pedro, taciturno y lento,
como sombra espectral, vaga sin tino;
y al ver que se aproxima, sin aliento,
se detiene la gente en su camino.

Y al oído se dicen las doncellas:
« ¡Es un muerto del féretro fugado! ».
¡Os engañáis, os engañáis, oh, bellas . . .
No huye . . . , va a la tumba el desdichado!

Perdió su amor, su luz y su alegría,
y hora, el sepulcro es el mejor asilo
do el triste pueda, hasta llegar el día
del juicio universal, dormir tranquilo.

V

Ella.

Se amaban con amor profundo y tierno:
eran ambos ladrones, gente impía;
él forjaba ganzúas, y ella, en tanto,
tendida sobre el lecho se reía.

Pasaba el día alegre y por las noches
en sus brazos gozaba; mas un día
se lo llevaron preso, y ella, ella,
asomada al postigo, se reía.

« ¡Oh, ven conmigo, ven, no me abandones »,
él, en su desventura, le decía;
« Vivir sin ti no puedo ». Mas la ingrata
meneaba la cabeza y se reía.

A las ocho lo ahorcaron; a las nueve
bajaba al fondo de la tumba fría;
a las diez . . . a las diez su idolatrada
apuraba Champagne y se reía.

VI

La Ocasión.

Más de una hora en el jardín umbrío
estuvimos los dos,
y llenos de ternura, platicamos
de nuestro dulce amor.

Cien veces nos juramos uno a otro
nuestra eterna pasión . . .
Más de una hora en el jardín umbrío
estuvimos los dos.

Pasó de la Ocasión la diosa rara,
voluptuosa y veloz,
nos vio de pie, diciéndonos ternezas,
¡y, riendo, se alejó!

VII

Los dos Granaderos.

De Rusia, do cayeran prisioneros,
a su Francia querida
volvían dos valientes granaderos;
y al cruzar la alemana
frontera, el alma de dolor rendida
sintieron vacilar, a la tirana
nueva infeliz del patrio cataclismo:
¡vencida Francia era!
¡Perdido el Grande Ejército, y el mismo
Emperador, cautivo en extranjera
desolada ribera . . . !

Con la frente oprimida entre las manos
lloraron los gloriosos veteranos;
y uno dijo: « ¡Oh, dolor, recrudescidas,
siento abrirse de nuevo mis heridas! ».
Y respondióle el otro, cabizbajo:
— « ¡Muriera yo contigo, si de fijo
no perecieran, ay, sin mi trabajo,
los que dejé en mi hogar, esposa e hijo! ».

— « ¡Qué me importan a mí, ni hijos ni esposa!
¡Algo más triste en mi dolor concibo!
Que mendiguen su pan . . . ¡oh, horrible cosa . . . !
¡Mi Emperador, mi Emperador . . . cautivo!
Hermano, cuando muera,
ejecuta mi súplica postrera:
¡A Francia lleva mi cadáver frío,
y entiérrame en el caro suelo mío!
Fija a la cinta roja,
prende la cruz sobre mi pecho, hermano,
cíñeme al cinto mi templada hoja,
y el invicto fusil pon en mi mano ».

«Así en la tumba seguiré sirviendo,
guardia montando, atenta:
hasta que el ronco estruendo
y la carga violenta
de los cañones y corceles sienta.
¡Y al pasar por mi tumba, ya en olvido,
mi Emperador, entre el marcial rüido
de aceros y de bronces,
de mi sepulcro surgiré yo entonces
a defender mi Emperador querido! ».

VIII

El Mensaje.

¡Pronto, paje! Ensilla y monta
mi más ligero corcel,
y a través de selva y llano,
vuela al palacio del Rey.

Pára en la cuadra, y pregunta
al caballerizo fiel,
cuál es la que hoy se desposa
de las dos hijas del Rey.

Si dijere: « la morena »,
¡corre la nueva a traer!
Si « la rubia . . . » no hay apuro,
no corras, no hay para qué.

Mas, de paso, cuando vuelvas,
en la tienda te detén
del cordelero, y callado,
cómprame y tráeme un cordel.

IX

El Regreso.

Solo no iré, dulcísimo amor mío;
conmigo has de venir al triste y frío
salón artesonado,
en el antiguo caserón amado,
donde mi madre, en el portal, la tarda
vuelta ansiada y feliz del hijo aguarda.

— « ¡Vete! ¿Quién te llamó . . . ? ¡De mí desiste,
hombre lívido y triste . . . !
Tu aliento quema, tu mirada brilla,
hielo es tu mano, y nieve tu mejilla . . .
¡Yo sólo vivir puedo en un ambiente
de rosas y de sol resplandeciente! ».

— « Deja a las rosas derramar su aroma,
y al sol su luz, ¡oh, célica paloma!
Ciñe el velo nupcial de nieve y oro,
las cuerdas pulsa del laúd sonoro,
y al nocturno compás del cierzo frío,
entona el triste epitalamio mío ».

X

Don Ramiro.

* ¡Doña Clara! ¡Doña Clara!
¡Perpetuo amor de mi vida!
¡Sin piedad, sin piedad has pronunciado
la sentencia fatal de mi ruina! »

« ¡Doña Clara! ¡Doña Clara!
Dulce es el don de la vida,
y temible el *no ser*, y pavoroso,
en la tiniebla de la tumba fría! »

« ¡Doña Clara, ¿estás contenta . . . ?
¡En el altar de la dicha
serás mañana, de Fernando esposa . . . !
¿Por qué, dime, a la boda no me invitas . . . ? ».

« ¡Don Ramiro! ¡Don Ramiro!
¡Tus palabras son amargas,
más que el fallo crüel de las estrellas
que así burla mis dulces esperanzas! »

« ¡Don Ramiro! ¡Don Ramiro!
¡La tristeza de ti aparta,
que otras hay en el mundo, y Dios se opone
a la amorosa unión de nuestras almas! »

« ¡Don Ramiro, tú, que, bravo,
tanto moro en las batallas
has vencido, hora véncete a ti mismo,
y al baile de mis bodas ven mañana! ».

« ¡Doña Clara, acepto y vengo!
Júrolo por mi palabra:
vendré mañana y bailaré contigo . . .
¡Buenas noches, señora! ¡Hasta mañana! ».

Al pie del balcón cerrado,
inmóvil como una estatua,
quédose triste largo tiempo, y luego
partió en la oscuridad como un fantasma.

Luego también, tras la sombra
de la noche vino el alba,
a iluminar a la imperial Toledo
que cual nido de flores despertaba.

Baña el sol en rayos de oro
sus espléndidos palacios,
y de sus templos las erguidas cúpulas
brillo despiden y reflejos áureos.

Como zumbador enjambre
de abejas, los bronces santos
el himno entonan de nupcial ventura,
en lo alto de los templos, volteando.

¡Mirad! ¡Mirad! ¡Qué gentío,
el que se agita allá abajo . . . !
De la Capilla, en tumultuosas ondas,
fuera se va la multitud lanzando.

¡Cuánto galán! ¡Cuánta hermosa!
¡Cuánto vestido gallardo!
El aire alegran los sonoros bronces
y las notas del órgano sagrado.

Entre saludos corteses,
la multitud cruza, en tanto,
la joven y hermosísima pareja:
Doña Clara gentil y Don Fernando.

Hasta el palacio del novio
el cortejo se abre paso,
y allí principia la gozosa fiesta,
a usanza fiel del esplendor pasado.

Entre el ruido de los juegos
y los goces de la mesa,
dulces vuelan y rápidas las horas,
hasta caer la nocturnal tiniebla.

Al salón de baile pasan
las bulliciosas parejas:
y al vivo resplandor de las bujías,
sus espléndidas galas centellean.

En alto sitial de flores,
los novios juntos se sientan;
la hermosa Doña Clara y Don Fernando,
que de tiernos amores se requiebran.

En oleaje gracioso,
los grupos giran y ondean:
y resuenan los rítmicos timbales,
y vibran, clamorosas, las trompetas.

« ¿Por qué la vista, señora,
clavas con tanta fijeza
en el ángulo opuesto de la sala? ».
Sorprendido, el galán dijo a la bella.

« ¿No ves, Fernando, aquel hombre
que la negra capa lleva . . . ? ».
Y el caballero respondió, entre risas:
« Es una sombra que la luz proyecta . . . ».

Aproximóse la sombra
en el negro manto envuelta,
y conociendo a Don Ramiro, al punto
lo saludó, turbada, la doncella.

« ¿Vienes? ». « Vengo, Don Ramiro;
seré tu rauda pareja;
mas no debiste nunca haber venido
así embozado en esa capa negra ».

Una mirada profunda
fijó Ramiro en la bella,
y ciñéndole el talle, así le dijo:
« ¡Tú misma me exigiste que viniera! ».

En el tumulto del baile,
los dos, girando, se alejan;
y resuenan los tímpanos sonoros,
y vibran, clamorosas, las trompetas.

« Pálido estás como nieve ».
Díjole, temblando, ella;
y tornó a responderle Don Ramiro:
« ¡Tú misma me exigiste que viniera! ».

Y resplandecen las luces,
y la muchedumbre ondea,
y resuenan los tímpanos sonoros
y vibran, clamorosas, las trompetas.

« ¡Qué frías tienes las manos! ».
Murmura la hermosa, trémula,
y en la turba, perdiéndose, de nuevo
torna a escuchar la singular respuesta.

« ¡Vete, vete, Don Ramiro!
¡Tu hálito de muerte hiela . . . ! ».
Y otra vez resonaron las palabras:
« ¡Tú misma me exigiste que viniera! ».

Y cruje el suelo y reluce,
y alegre vibra la orquesta,
y en fantástico y raudo torbellino,
gira veloz la muchedumbre inquieta.

« ¡Vete, vete, Don Ramiro! ».
En el tumulto resuena;
y Don Ramiro sin cesar repite:
« ¡Tú misma me exigiste que viniera! ».

« ¡En nombre de Dios, retírate! ».
Con fuerte voz, Clara dijo;
y apenas pronunciara estas palabras,
despareció de súbito Ramiro.

Con la muerte en el semblante,
y los ojos de horror fijos,
Clara quedó paralizada y yerta,
como pendiente de insondable abismo.

Pasó al fin el trance raro,
y abrió los ojos marchitos,
mas, de sorpresa y de terror, al punto
volvió a entonar sus párpados divinos;

que desque el baile rompiera,
no dejó nunca su sitio,
y de Fernando aún se hallaba al lado,
que le decía con afán solícito:

« ¡Qué pálida estás! ¡Qué tienes . . . ?
¿Por qué esos ojos sombríos . . . ? ».
« ¡Y Ramiro . . . do está . . . ? » balbuceó Clara,
e inmutada quedó de espanto y frío.

Contrajo el novio las cejas,
entre adusto y pensativo:
« ¡Señora! ¿a qué inquirir sangrientas crónicas . . . ?
¡Esta tarde fue muerto Don Ramiro! ».

XI

Baltazar.

La media noche a más andar venía,
y Babilonia en soledad dormía:
sólo en el real palacio
llenaban el espacio
las voces de la regia servidumbre
que al amor de la lumbre,
en nocturnal orgía,
el mismo Baltazar juntado había.

En la real estancia,
la palaciega turba el vino escancia
en chispeante raudal; suenan las copas,
rugen los pechos, y ábreñse las ropas;
y feliz y risueño,
se muestra entonces el imperioso dueño.

Fuego de insania brilla
del ebrio soberano en la mejilla,
que el vino en él provoca
temeridad fatal y audacia loca,

llevando su osadía
hasta ultrajar a Dios con lengua impía.
Y blasfema, y blasfema, y cada instante
su impiedad es mayor; y delirante,
la cortesana multitud lo aclama.

Con imperioso acento,
el Rey sus fieles servidores llama,
y un mandato pronuncia, que al momento
fue obedecido. Con ligeros pasos
los fámulos volvieron,
trayendo a cuestras los sagrados vasos
que al Templo de Jehová robados fueron.

Con sacrílego intento temerario,
llenó el Monarca un cáliz del sagrario
y hasta las heces lo apuró de un sorbo.
Luego, arrogante y torvo,
con empapada boca, dijo recio:
« ¡Jehová, Jehová, yo te desprecio,
yo soy de Babilonia el soberano! ».

Mas apenas vibró la frase impía,
miedo en el corazón sintió el tirano;
y cesó la sacrílega alegría,
y silencio mortal reinó en la sala . . .
¡Mirad, mirad! El pecho se estremece . . .
Una mano aparece
que en la pared resbala,
y con letras de fuego
escribe, escribe . . . y desaparece luego.

El rey, como un cadáver, palidece
y en su sitial temblando permanece.
La turba palaciega,
muda y de espanto helada,
a las angustias del pavor se entrega,
puesta en el muro la tenaz mirada.

Los Magos del Imperio
llamados fueron a romper el broche
que ocultaba el terrífico misterio;
mas fueron vanos sus esfuerzos, vanos . . .
Y aquella misma noche,
fue asesinado Baltazar a manos
de sus propios, infames cortesanos.

XII

Los Trovadores.

De los cantos al torneo
los trovadores se lanzan.
¡Ay, qué torneo tan raro!
¡Ay, qué arena tan extraña!

La espumante fantasía
es su corcel de batalla;
el arte, su fuerte escudo,
y el verso su limpia espada.

Desde los empavesados
balcones, miran las damas . . .
¡Ay, sólo falta la hermosa,
y con ella, la guirnalda!

Otros, al entrar serenos
al redondel, sanos se hallan.
¡El trovador siempre lleva
herida de muerte el alma!

¡Y aquél, que rasgado el pecho,
aquél que triste derrama
más sangre de poesía,
es el que vence, el que gana
de la más divina boca
la más dichosa alabanza!

XIII

Desde el Balcón.

Por los balcones de la hermosa Elvira
pasaba Enrique, el pálido mancebo,
y al divisarlo, la doncella exclama:
« ¡Aquél, Dios me socorra, es un espectro! ».

Hacia el balcón de la espantada Elvira
vuélvese el triste con amante anhelo,
y en red de amor la hermosa aprisionada,
pálida se tornó, como un espectro.

Asomada al balcón, la triste Elvira
los días pasa en amoroso acecho,
y al fin, en brazos del doncel, las noches,
a la hora en que aparecen los espectros.

XIV

El Caballero Herido.

Conozco una vieja historia
que es un eco de aflicción:
era un caballero amante
a quien su amada engañó.

Por traidora despreciaba
a la que fuera su Dios,
y por afrenta tenía
la tortura de su amor.

A los demás paladines
a la arena convocó:
« ¡Salga al frente el que indicare
una mancha en mi pasión! ».

Todos callaron en torno,
menos su propio dolor;
y a sí volviendo su lanza,
se la hundió en el corazón.

XV

La Partida.

Apoyado al mástil, cuento
cada ola en sucesión:
« ¡Adiós, patria hermosa mía . . . !
¡Navega, barco, veloz! ».

Pasé frente a sus ventanas,
y en ellas vi resplandor;
¡ay! por más que abrí los ojos,
no vi ni un signo de adiós . . .

¡Salid de mis ojos, lágrimas!
No me turbéis la visión;
¡y tú, corazón enfermo,
no te rompas de dolor!

XVI

Canción del Arrepentimiento.

Cabalgaba el doncel por la espesura,
al rítmico murmullo del follaje,
cuando vio una hermosísima figura
de mujer que cruzaba entre el bosque.

« ¡Ella es, ella es, dijo el mancebo,
la radiante beldad que me acompaña
adondequiera que la planta nuevo,
ya sea en la ciudad, ya en la montaña.

Dos rosas de verano son sus labios,
frescos, amantes, deliciosos, bellos . . .
¡Mas, ay, que son terribles los agravios
que a veces brotan, punzadores, de ellos!

Se asemeja su boca a los lucientes
indios rosales de inmortal frescura,
donde anidan mortíferas serpientes
que silban en la lóbrega espesura.

Ese, que en su mejilla deslumbrante,
lindo se ostenta, seductor hoyuelo,
la tumba fue, do me lanzó expirante,
el de mi amor enloquecido anhelo.

Esos dorados, ondulantes rizos
que ornan su sien de majestuosa calma,
fueron la red de mágicos hechizos
donde Luzbel aprisionó mi alma.

Esos, cual onda transparente y pura,
azules ojos de mirar tan tierno,
puertas juzgué de la celeste altura,
mas fueron sólo puertas del infierno ».

Y el caballero en la espesura avanza,
al triste susurrar de la maleza;
y otra figura a divisar alcanza,
pálida imagen de mortal tristeza.

« ¡Oh, madre, exclama el joven, madre mía!
¡Eres tú, tú, que tanto me quisiste;
tú, a quien yo con acción y voz impía,
torné la vida miserable y triste!

¡Ah, si pudiera yo secar tus ojos
con la candente llama de mis penas . . . !
¡Si pudiera tornar tus labios rojos
con la encendida sangre de mis venas! ».

Y avanza el caballero en la montaña,
y empieza a oscurecerse el bosque umbrío:
óyense voces de armonía extraña,
y sopla el viento de la noche, frío.

Oye el jinete sus ácentos graves
repercutirse en el confín desierto;
y de la selva las parleras aves
rompen al punto en gárrulo concierto:

« Es la canción del pecho arrepentido
la que con dulce voz canta el mancebo,
mas al morir el último sonido,
será no más . . . para empezar de nuevo ».

XVII

La Canción de los Ducados.

¿Dónde te escondes, rico tesoro
de mis queridos ducados de oro . . . ?

¿Estáis, acaso, entre los áureos peces
que en el arroyo, en divertido bando,
brincan y saltan, a la luz nadando?

¿Estáis, acaso, entre las flores de oro
que altivas lucen, junto al claro río,
la frente orlada en matinal rocío?

¿Estáis, acaso, entre las áureas aves
que en la cerúlea inmensidad del cielo
radiantes giran, en tranquilo vuelo?

¿Estáis, acaso, entre los astros de oro
que por la noche, en la sidérea cumbre,
besos envían de celeste lumbre . . . ?

¡Ah, mis queridos ducados de oro!
No en el arroyo nadáis en coro.

Ni junto al río lucís donaires;
ni andáis volando por esos aires.

Ni de los astros enviando besos . . .
Mis Maniqueos os tienen presos.

¡Os tienen presos mis acreedores,
entre sus cofres devoradores!

XVIII

Molinos de Viento.

— « ¡No oyes, dí, lejanos sonos,
como de violas y flautas . . . ?
Giran allí muchas bellas
en alas de alegre danza ».

— « Caro amigo, te equivocas:
no hay tales violas ni flautas;
lo que escucho es el porquero
que ya vuelve con su piara ».

— « ¡No escuchas sonar los cuernos
de los que van a la caza . . . ?
Miro los corderos, y oigo
de los pastores las gaitas ».

— « Ay, amigo, te equivocas:
no hay tales cuernos ni gaitas:
lo que miro es el cabrero
que conduce su manada ».

— « ¡No oyes, dí, lejanas voces
de trovadores que cantan . . . ?
¡Parece cual si los ángeles
batieran sus níveas alas . . . ! ».

— « Lo que tan dulce te suena,
trovas no son, ni cantatas:
son los gansos que ya vuelven
conducidos a la granja. »

— « ¡Las campanas, dí, no escuchas
vibrar sonoras y claras . . . ?
Los fieles marchan, contritos,
a arrodillarse ante el ara ».

— « Eso que oyes es la esquila
de los bueyes y las vacas,
que al establo del cortijo,
paso a paso, vuelven tardas ».

— « ¡Ves aquel velo flotante
y aquel ondular de falda . . . ?
¡Es la hermosa, que me envía
entre suspiros, su alma! ».

— « Yo, querido, lo que veo,
es la mendiga, es la Paca,
que atraviesa en sus muletas,
andrajosa y descarnada ».

— « Ahora, amigo, que has reído
de mis sueños a tus anchas:
¿tendrás también por visiones
lo que siento yo en el alma? ».

XIX

Huyamos.

¡Huye conmigo, huye, y sé mi esposa!
¡Ven sobre el pecho mío a reposar,
y en extranjera tierra más dichosa,
para ti, niña hermosa,
será mi corazón patria y hogar!

¡Ah, si no vienes, el mortuorio lecho
me espera, y triste y sola quedarás . . . !
¡Que aún al abrigo del paterno techo,
lejos, ay, de mi pecho,
como en extraño suelo te hallarás!

XX

¡Desiste!

Ama el día a la noche tenebrosa,
la primavera al nebuloso invierno,
la vida al hondo sueño de la fosa,
y tú a mí, niña hermosa,
con inocente amor sencillo y tierno.

Mas, ¿sabe qué es « amarme » tu inocencia . . . ?
¡Es descender hasta la sombra oscura,
es marchitar tu dulce floescencia,
es ahogar, sin conciencia,
en un lago de sangre, tu alma pura!

¡Oh, desiste de mí! ¡Tu fantasía
en pos se lance de la alondra bella
que se baña en la luz del claro día,
y huye de mí, alma mía,
y de mi infausta y maldecida estrella!

SONETOS

I

A mi Madre.

Siempre he llevado la cabeza erguida,
siempre fue mi carácter recio y bravo;
y aun frente a frente del Monarca mismo,
nunca mis fieros ojos se bajaron.

Mas confesarlo debo ¡oh, madre mía!:
si en tu presencia angelical me hallo,
mi soberbia altivez desaparece,
y humilde tiemblo a tu amoroso lado.

¿Es tu alma, acaso, que en secreto impulso
me rinde . . . ? ¿Tu alma noble que a lo alto
el vuelo tiende, y lo penetra todo . . . ?

¿O es quizás el recuerdo de que, ingrato,
herí una vez tu corazón sensible,
el tierno corazón que me ama tanto?

II

Loco, una vez, abandoné tu lado,
y al mundo me lancé, tras la divina
ilusión del Amor, que en mis ardientes
amantes sueños realizar quería.

Busqué el Amor por todos los caminos;
lo mendigué con alma adolorida
de puerta en puerta; y sólo obtuve, sólo,
frío en el corazón, y odios y risas.

Seguí, seguí buscando, y nunca, nunca
logré encontrarlo, hasta que al fin, un día,
volví al hogar . . . Saliste a recibirme,

y ¡oh, sorpresa feliz, madre querida . . . !
Vi en tus ojos brillar, eterno y puro,
el santo amor con que soñado había.

III

A H. S.

Cada vez que abro tu precioso libro,
vienen a mí, con plácidos recuerdos,
las doradas visiones de la infancia
y los primeros, juveniles sueños.

La altiva catedral que la germana
fe levantó miro elevarse al cielo,
y las campanas oigo, y las sublimes,
graves notas del órgano en el templo.

Miro también que maliciosos duendes
los rosetones rompen de la cúpula;
¡mas no importa: a la encina majestuosa

puede el hombre robar su pompa augusta.
que vuelve al fin la fértil primavera,
y otra vez la reviste de verdura!

SONETOS AL FRESCO

I

Ni bailo, ni me humillo con los tontos
que oro por fuera son, fango por dentro;
ni al que me tiende en público la mano,
y por detrás me ataca, se la estrecho;

ni ante las Circes mágicas que exhiben
sin pudor su ignominia, me prosterno;
ni del carro triunfal de ídolo falso
tiré jamás, uncido con el pueblo.

Bien sé que el roble en la tormenta cae,
y que el cimbrante junco a alzarse torna,
mas, ay, después . . . ¿cuál es el fin del junco . . . ?

¡Qué feliz! de bastón a algún idiota
sirve primero, y luego se destina
a sacudir el polvo de la ropa.

II

La máscara me dad, que disfrazarme
quiero de pobre diablo; así los tunos,
que con trajes históricos se visten,
no me tendrán por uno de los suyos.

En el vocabulario y las maneras
del pueblo vil quiero ponerme ducho,
dejando atrás toda escogida frase
como ésas de que el pícaro hace uso.

Así, al baile de máscaras grandioso
iré, y me rodearán Reyes y Reinas.
Ya Arlequín me saluda, ya aquel otro

con la espada de palo me golpea.
Y aquí está el chiste: me descubro el rostro,
¡y los bandidos trémulos se quedan!

III

Ríome de los pánfilos idiotas
que en mí fijan sus ojos de carnero;
ríome de los zorros solapados
que me olfatean con hocico hambriento;

ríome de los monos sabidillos
que se las dan de jueces del ingenio;
y me río, por fin, de los cobardes
que me amenazan con letal veneno.

Que, cuando nuestras dulces esperanzas
rompe la suerte infiel con mano impía,
y, en polvo, a nuestras plantas las arroja;

cuando en el pecho el corazón se agita
herido, enfermo y desangrado . . . , entonces,
¡aún nos queda el consuelo de la risa!

IV

Siento rodarme en la cabeza un cuento
en cuyo cuento una canción resuena,
y en la canción palpita, y crece, y brilla
una preciosa y singular doncella.

Un corazón en la doncella late,
un corazón donde el amor no alberga,
que en ese pecho indiferente y frío,
sólo hay orgullo y arrogancia fiera.

¡Oyes cuál zumba en mi cabeza el cuento,
y cómo gime la canción monótona,
y la doncella sin cesar platica . . . ?

Temo, ay, que la cabeza se me rompa . . .
¡Y cosa fuera divertida y triste,
que fuese yo a salir de quicio ahora!

V

Una serena tarde, a mi memoria
volvieron las canciones ya olvidadas,
y de mi llanto al par, brotó la sangre
de las viejas heridas de mi alma.

Como en el fondo de encantado espejo,
vi de mi amor la imagen reflejada,
que entretenida en su labor de aguja,
en plácido silencio trabajaba.

En esto, se alza de su asiento; corta
de su cabello el más hermoso rizo,
y, tierna, me lo ofrece . . . ¡oh, gozo inmenso . . . !

Mas mi dicha Luzbel destruye, impío,
y tejiendo aquel rizo en fuerte lazo,
en él, por años, me dejó cautivo.

VI

« Cuando después de un año volví a verte,
no me besaste a la hora del retorno ».
Así le dije, y de su rojo labio
vino a mi labio el beso más dichoso.

Luego, de un mirto que a la luz crecía
en su ventana, desprendió un retoño:
« Toma — me dijo — esta florida rama,
y entre cristales, plántala en un soto . . . ».

Ha largo tiempo que la rama guardo,
ha largo tiempo se secó en el tiesto,
y hace ya muchos años, muchos años,

que a la doncella de mi amor no veo . . .
¡Mas, ay, el beso que me dio su labio,
arde en mi alma aún, como un incendio!

VII

Guárdate, amigo, de los trasgos fieros;
guárdate aun más de las serenas hadas;
una conozco que me envió un besito,
y al acercarme, me clavó las garras.

Guárdate, amigo, de gatazos negros;
guárdate aun más de las gatitas blancas;
una escogí por favorita un día,
y la mimada me arañó en el alma.

¡Cómo, niña gentil, cómo pudieron
engañarme tu límpida mirada,
y tus manitas desgarrarme el pecho . . . ?

¡Ah, si pudiera la divina llama
apagar de tus labios, con un beso,
aunque mi corazón se desangrara!

VIII

Con esos mentecatos, a menudo
me has visto combatir: asnos de anteojos,
que denigran mi nombre sin mancilla,
y con placer me enviaran al demonio.

Has visto los pedantes acosarme,
y los bufones, ay, volverme loco,
y de mi pecho, de serpientes cinto.
brotar la sangre de mi vida a chorros.

Tú en tanto, firme cual serena torre,
me serviste de faro en la borrasca,
y fue tu corazón el puerto mío.

Fuera del puerto la tormenta brama,
y es raro el barco que su entrada logra,
mas, una vez en él, todo es bonanza . . .

IX

Llorar quisiera, mas llorar no puedo;
quisiera remontarme hasta los soles,
mas no puedo volar . . . Clavado al suelo,
tengo de revolcarme entre los hombres.

Quisiera yo cernirme, como un sueño,
en torno de la luz de mis amores,
y así vivir en su divino aliento . . .
¡Mas, ay, no puedo . . . el pecho se me rompe;

y del herido corazón, a mares
corre encendida sangre que me ahoga
y empaña de mis ojos los cristales . . . !

¡Ay, sólo ansío a la región nublosa
tender el vuelo, do en abrazo amante
me acojan, tiernas, las mortales sombras!

INTERMEZZO LIRICO

(1822-1823)

PROLOGO

Erase un caballero macilento,
trémulo, triste, silencioso y lento,
que vagaba al acaso,
con inseguro paso,
siempre en hondos ensueños sumergido,
tan desairado, y zurdo y distraído,
que susurraban flores y doncellas
al pasar, vacilante, junto a ellas.

Huyendo de los hombres, a menudo
el lugar más recóndito escogía
de la casa, y allí, anhelante y mudo,
en la sombra los brazos extendía.
¡Media noche sonó . . . ! Rara armonía
y voces peregrinas se escucharon
entre la vaga bruma,
y a la puerta, quedísimo, tocaron.

Con furtiva pisada,
su visión adorada
entra vestida de sonante espuma,
y como fresca rosa,
la divinal hermosa
brilla, encanta y perfuma.
Cúbrela tenue velo
de vaporosas joyas adornado,

y la áurea cabellera en rizos suelta,
en ondas baña su figura esbelta;
brillan sus ojos con la luz del cielo.
Y en brazos, uno de otro, al par lanzados,
se acarician los dos enamorados.

Contra el amante pecho,
con fuerza apasionada,
la oprime el caballero en lazo estrecho;
y el soñador despierta,
y la nieve se torna en llamarada,
y el pálido enrojece, y se convierte
el temeroso en atrevido y fuerte.
Mas, ella con engaño femenino
le envuelve, sin sentirlo, la cabeza.

Encantado al instante
se encuentra el caballero en un radiante
palacio de cristal, bajo la linfa
de una tersa laguna sepultado.
Absorto y deslumbrado
queda ante brillo tanto, mas la ninfa
de la onda habitadora
en sus brazos lo estrecha, lo enamora,
y en tanto, sus doncellas
a la cítara arrancan notas bellas.

Y de modo tan dulce y lisonjero
cantan y tocan, que los pies se lanzan
al baile embriagador, y alegres danzan;
y siente el caballero
que, ya desvanecidos,
amenazan dejarle sus sentidos;
y a la ondina se enlaza
y estrechamente en su ansiedad la abraza.
Mas de pronto se extingue
la viva luz . . . ¡Oscuridad completa . . . !
¡Y a hallarse vuelve, solitario y triste,
en su guardilla mísera el poeta!

I

En el hermoso y florecido Mayo,
cuando abren los botones,
abrió también dentro del pecho mío
la flor de los amores.

En el hermoso y florecido Mayo,
cuando las aves cantan,
a la que adoro confesé mi anhelo,
mis sueños y esperanzas.

II

De mis lágrimas se nacen
las más perfumadas flores,
y se convierten mis ayes
en coro de ruiseñores.

¡Ay, si me amaras, oh, niña,
te enviaría flor tras flor,
y en tus ventanas oirías
el canto del ruiseñor!

III

El lirio, la tórtola, el sol y la rosa,
formaron un tiempo mi férvido amor;
hoy sólo es querida
la dulce, la tierna, la pura, la hermosa
que es fuente perpetua de toda pasión;
¡la que es a mi vida,
el lirio, la rosa, la tórtola, el sol!

IV

Cuando en tus claros ojos me miro,
de mi alma huyen penas y agravios,
y alegre y fuerte, feliz me encuentro
cuando me besan tus rojos labios.

Cuando en tu seno la sien reclino,
brilla la Gloria sobre mi frente;
mas si me dices « te amo », entonces
lloran mis ojos amargamente.

V

No ha mucho que, en sueños, tu rostro veía,
tu rostro divino de hermosa altivez;
¡qué angélico y dulce, qué tierno lucía . . . !
¡Mas, ay, lo bañaba mortal palidez!

Tus labios, apenas, mirábanse rojos,
mas luego la Muerte glacial los besó;
y el rayo celeste que ardía en tus ojos,
de pronto, la sombra fatal extinguió.

VI

¡En mi mejilla tu mejilla apoya,
y unidas se desprendan nuestras lágrimas;
tu seno junta con el seno mío,
y en una llama nuestros pechos ardan!

¡Y nuestro llanto, en impetuosa fuente,
viendo correr sobre la inmensa llama,
ebrio de amor y delirante anhelo,
entre tus brazos rendiré mi alma!

VII

De un lirio en el albo cáliz
hundir el alma quisiera,
y que del lirio surgiera
para ella un canto de amor.

- ¡Trémulo canto, ardoroso,
como el beso delirante
que robé en dichoso instante
a su labio embriagador!

VIII

Inmóviles y mudas en el cielo,
siglos tras siglos las estrellas brillan,
y amantes se contemplan, rebosando
de ansiedad infinita.

Mudas al parecer, que entre ellas hablan
una lengua dulcísima y divina:
idioma que los sabios de este mundo
a comprender no atinan.

Yo lo aprendí una vez: yo sí lo entiendo,
y nunca más lo olvidaré en la vida,
pues fue mi libro el celestial semblante
de la adorada mía.

IX

Sobre las alas del canto
quiero conducirte, hermosa,
a un edén que sé escondido
del Ganges cabe las ondas.

Un pensil allí florece,
do, a la luna melancólica,
las flores del Loto aguardan
a su hermana cariñosa.

A las estrellas mirando,
susurran allí las violas;
y al oído se recitan
las rosas cuentos de aromas.

Alegres, corren y saltan
las gacelas triscadoras,
y a lo lejos graves rugen
del santo río las ondas . . .

¡Allí nos retiraremos,
bajo las palmas umbrosas,
paz y amor a libar juntos,
y a soñar sueños de gloria!

X

Esquiva la flor del Loto
del sol los vivos ardores,
e inclinando la cabeza,
soñando, espera la noche.

Con su luz, la amante luna
viene a despertarla entonces,
y la flor, enamorada,
le abre su cándido broche.

Y se enciende, y luce, y mira
a la región de los soles,
y aromas mil derramando,
llora, trémula de amores.

XI

Del clásico Rin hermoso
reflejan las claras ondas,
con su catedral inmensa,
a la sagrada Colonia.

En el templo, en campo de oro,
hay pintada una Madona,
que ha vertido un rayo amigo
de mi vida entre las sombras.

¡Flores y ángeles rodean
a la célica Señora,
y sus ojos y mejillas,
y su roja, linda boca,
son los ojos y los labios
y mejillas de mi hermosa!

XII

Tú no me amas, tú no me amas,
y no me aflijo. ¿Sabes por qué?
Porque entretanto tu faz admire,
más que un monarca feliz seré.

Tú me detestas, tú me detestas,
¡ay, de tus labios yo lo escuché...!
¡Deja que en ellos un beso estampe,
niña, y mis penas olvidaré!

XIII

Ven y enreda en fuertes lazos,
de mi cuerpo en derredor,
tus pies de rosa, tus brazos
y tu talle seductor;

¡cual enredarse pudiera,
en infinita opresión,
la sierpe más hechicera
al más dichoso Laocón!

XIV

Bésame y nada jures, que en la vida
en juramentos de mujer creí.
Es muy dulce tu voz, pero es más dulce
el beso de tus labios de carmín.
Las palabras son aire, y sólo creo
en el habido bien que palpo y veo.

.....

¡Oh, jura que me adoras! ¡Jura, jura...!
¡Tu palabra es mi fe, mi religión,
que de tu seno al aspirar la aroma
el más feliz de los mortales soy,
y eterno juzgo tu amoroso anhelo
y mucho más aún, sol de mi cielo!

XV

A los divinos ojos de mi amada,
con musa enamorada,
canciones entoné;
y a sus labios de miel rojos y tersos,
los más sonoros versos
de mi estro dediqué.

Al vivo rosicler de sus mejillas
compuse redondillas
de tierna inspiración;
y ¡qué soneto al corazón le hiciera,
si mi dulce hechicera
tuviese corazón!

XVI

Ciego es y necio el mundo,
ciego y necio por demás;
te condena, vida mía,
te condena sin piedad.

Es el mundo ciego y necio
y jamás te apreciará . . .
¡Qué sabe él de tus caricias
ni del placer que ellas dan!

XVII

Dime, vida mía, ¿un sueño
de la mente eres, acaso,
de esos que sueña el poeta
en las noches de verano . . . ?

¡No, jamás! Ojos tan bellos,
tan embriagadores labios,
mujer tan dulce y divina,
eso nunca soñó el bardo.

Sátiros forja el poeta,
faunos, dragones, endriagos,
y vestiglos y otros seres
puramente imaginarios;

mas tu encubierta falsía,
tu rostro lleno de encantos
y tu mirada engañosa . . .
¡Eso nunca soñó el bardo!

XVIII

Bella como la diosa
de las espumas de la mar nacida,
resplandece la hermosa,
centro de los amores de mi vida.
¡Mas, ay, que, por mi daño,
es hoy la prometida de un extraño!

¡Corazón, tú, que tanto
supiste soportar en este mundo,
calla, y sufre el quebranto
que su traición te ocasionó, profundo!
El amor no razona;
¡sufre, pues, corazón; calla, y perdona!

XIX

Aunque de pena y de aflicción henchido
estalle el corazón, yo no me quejo.
¡Perdido amor! ¡Amor desvanecido!
¡Ni un ay salir, en mi amargura, dejo!

¡Cuán dichosa apareces a la lumbre
que alegre y pura en tus diamantes juega!
¡Mas, ay, de su fulgor ni una vislumbre
a la tiniebla de tu alma llega!

Ha mucho tiempo que lo sé, bien mío;
que contigo las veces que he soñado,
he visto de la noche el velo umbrío,
sobre tu triste corazón lanzado.

Y he visto la fatídica serpiente
que lo devora en su dolor sin calma,
y he visto que sufrías hondamente,
y que eras infeliz, ¡luz de mi alma!

XX

Tú sufres, sí, callada,
y yo . . . yo no me quejo;
los dos, en agonía
vivimos y en tormento;
y en tanto que la tumba
no venga a socorrernos,
seremos desgraciados,
mi vida, ¡lo seremos!

La punzadora burla
de tu sonrisa veo;
y el de tus claros ojos
relámpago altanero;
y el indomable orgullo
que se anidó en tu pecho . . .
Mas, ¡eres desgraciada,
como tu amigo eterno!

Que tu sonrisa encubre
duro penar secreto;
lágrimas comprimidas
guardan tus ojos secos;
y oculta herida sangra
dentro el altivo pecho . . .
¡Ay, qué desventurados
somos los dos a un tiempo!

XXI

De flautas, arpas y violas
se oye el rítmico vibrar:
es la fiesta de sus bodas,
y ella baila sin cesar;

y el aire atruenan las trompas,
y el timbal resonador;
¡y en el cielo, en tanto, lloran
los querubes, de dolor!

XXII

¡Ya has olvidado que una vez fui dueño
de tu dulce, engañoso corazón!
Tañ dulce, sí; tan falso y tan pequeño,
que otro hallar como él, fuera ilusión.

Y un amor y un pesar has olvidado,
que no sé de los dos cual es mayor,
pues, al medirlos, por mi mal he hallado
tan grande mi pesar como mi amor.

XXIII

Si supieran las nítidas flores
de mi pecho el profundo quebranto,
por calmar mis agudos dolores,
con mi llanto vertieran su llanto.

Si supieran las dúlcidas aves
la tristeza que oprime mi alma,
modularan sus notas süaves
por volver a mi pecho la calma.

Si supieran mi honda amargura
las estrellas de oro en el cielo,
se verían bajar de su altura
a ofrecerme piadoso consuelo.

Ellas ¡ay! desconocen mi pena;
sólo sabe mi negra aflicción
la adorada, engañosa sirena
que crüel me rasgó el corazón.

XXIV

¿Por qué lucen tan lívidas las rosas?
¡Dime por qué, mi alma!
¿Por qué en el verde césped las violetas
mustias están, y pálidas?

¿Por qué tan tristemente, por los aires,
la dulce alondra canta?
¿Por qué de los balsámicos vergeles
fúnebre olor se exhala?

¿Por qué derrama el sol en la pradera
tétrica luz helada?
¿Por qué la tierra está como un sepulcro,
oscura y solitaria?

¿Por qué yo mismo, agonizando lloro . . . ?
Responde, dime, ingrata:
¿Por qué al olvido sin piedad me diste?
¿Por qué me desterraste de tu alma . . . ?

XXV

Mucho de mí te dijeron
para robarte la calma;
lo que nunca refirieron
fue la angustia de mi alma.

Haciendo un gran embolismo,
contaron con aire triste,
que era yo el demonio mismo,
y tú . . . ¡todo lo creíste . . . !

Mas, ay, mi dolor más recio
para todos queda oculto,
pues lo más triste y más necio
llevo en el pecho sepulto.

XXVI

Floreaban los tilos, cantaban las aves,
y alegres vertía sus rayos el sol;
tus labios sellaron los míos, süaves,
y a mí te abrazaste temblando de amor.

.....

Las hojas caían, el cuervo graznaba,
y tristes los rayos lucían del sol;
¡Adiós! nos dijimos con aire que helaba,
sin besos, ni abrazos, ni flores, ni amor.

XXVII

Mucho un tiempo nos amamos
con perfecta propiedad;
y a *casados* muchas veces
nos pusimos a jugar.

Nunca golpes ni querellas
empañaron la amistad;
al contrario, nos besamos
y reímos sin cesar.

Mas un día, como niños
de inocencia virginal,
en el bosque *al escondite*
nos pusimos a jugar.

¡Y logramos escondernos
con tan rara habilidad,
que jamás en esta vida
nos podremos encontrar!

XXVIII

No creo, niña, en el cielo
de que habla el santo pastor;
yo sólo creo en tus ojos
que para mí el cielo son.

No creo en el Dios eterno
que el fraile me predicó;
¡mi fe la domina entera
tu corazón, que es mi Dios!

Ni en demonio ni en infierno
creo tampoco, mi amor;
¡yo sólo creo en tus ojos
y en tu ingrato corazón!

XXIX

Largo tiempo a mi cariño
permaneciste fiel,
y me brindaste consuelos
en mi pena y desnudez;

oro y ropas me buscaste,
y a tu mesa me senté;
y, por fin, me conseguiste
mi pasaporte también.

¡Quiera el cielo protegerte
contra nieve y sol crüel . . .
y jamás te retribuya
cuanto has hecho por *mi bien!*

XXX

Con avaricia ardiente,
la tierra sus tesoros escondía;
mas vino de repente,
Mayo pródigo un día,
y empezó a derrochar a manos llenas . . .
Era todo sonrisas y alegría
y atmósferas serenas;
y ante tanta belleza y tal contento,
reír quise también; mas . . . ¡vano intento!

Y flores mil brotaron
de embriagantes olores,
y sonaron alegres las campanas,
y como en las leyendas alemanas,
los pájaros hablaron;
¡mas, ay, voces y flores
tedio sólo y fastidio me inspiraron!

El mundo me aburría,
y hasta el amigo mismo en quien creía;
todo, porque la niña seductora
que fue mi amada un día,
de *señorita* se trocó en *señora*.

XXXI

¡Qué aconteció? Que mientras yo soñaba
en países lejanos,
a la escogida de mi alma el tiempo
le pareció muy largo;

y la corona cándida ciñendo,
cayó, trémula, en brazos
de un novio que, entre todos los estúpidos,
es el más acabado.

Mas, ¡ay, cuán bella es la amada mía . . . !
Siempre, siempre flotando
en mis sueños de amor su rostro veo,
¡su rostro idolatrado!

Dos azules violetas son sus ojos,
dos claveles sus labios,
y sus mejillas, rosas que florecen
en eterno verano.

Cómo de tal amor pude alejarme,
a comprender no alcanzo . . .
¡Fue, a no dudar, la necedad más necia
de cuantas he pensado!

XXXII

Las azules violetas de sus ojos,
de sus mejillas los claveles rojos,
los lirios de sus manos, sin mancilla:
todo florece y brilla,
y eternamente resucita y nace . . .
¡Sólo su corazón marchito yace!

XXXIII

¡Qué bello luce el mundo, qué azul el alto cielo!
¡Cuán dulce entre las ramas el aura musical!
¡Las flores, cómo brillan, sembradas por el suelo,
prendidas con las perlas del llanto matinal!

¡Doquiera que los ojos dirijo sólo veo
semblantes que respiran amor, felicidad . . . !
¡Yo, triste, en el sepulcro yacer sólo deseo,
teniendo entre mis brazos su pálida beldad!

XXXIV

Cuando reposes solitaria y yerta
en el recinto angosto de la tumba,
yo bajaré a su seno, vida mía,
a contemplar tu pálida hermosura.

Y allí de besos mil, a ti abrazado,
tu faz inundaré gélida y muda,
y al fin, también, de sollozar a fuerza,
huésped seré de tu mansión oscura.

¡Media noche! ¡Los muertos se levantan
y en torno de los túmulos circulan!
Sólo tú y yo quedamos abrazados
en el seno de la honda sepultura . . .

Suena al fin la trompeta, y van los muertos
el fallo a oír de la Potencia suma . . .
¡Sólo nosotros dos no obedecemos,
y abrazados quedamos en la tumba!

XXXV

Se alza del Norte en la región helada
un pino solitario;
y dormita, del hielo y de la nieve
bajo el yerto sudario . . .

Sueña con una lánguida palmera
que en el lejano Oriente,
aislada y melancólica, suspira
sobre una roca ardiente.

XXXVI

¡Aureas estrellas que el celeste velo
ornáis de resplandores y armonía,
saludad desde el cielo
a la adorada mía,
y decidle que sigo en hondo duelo,
pálido y fiel, y amante todavía!

XXXVII

(Habla la cabeza).

¡Quién fuera el taburete afortunado
donde apoya sus pies la amada mía!
¡Bien pudiera pisarme, que yo nunca,
nunca me quejaría!

(Habla el corazón).

¡Quién fuera el acerico donde, a veces,
ella sus alfileres asegura!
¡Bien pudiera punzarme, que hallaría
placer en la tortura!

(Habla la canción).

¡Quién fuera, quién, el papelillo estrecho
donde coge sus rizos perfumados,
para al oído suspirarle todo
lo que siento en el pecho!

XXXVIII

¡Huyó la risa de mí
desque mi bien se alejó;
más de un chiste necio oí,
mas reír no pude yo!

Desde que mi amor perdí,
en mí el llanto se agotó;
¡se me parte el pecho, sí . . . !
¡Mas, llorar no puedo, no!

XXXIX

¡De mis grandes
sufrimientos
hago cantos
pequeñuelos,

que van dulces
y ligeros
a su alma
sin amor!

¡Van y tornan
en silencio,
que, afligidos,
no osan ellos
referirme
lo que vieron
en su ingrato
corazón!

XL

Jamás olvidar podré,
niña de mi idolatría,
que tu alma una vez fue mía,
y mío tu cuerpo fue.

Hoy mi pecho sólo ansía
tu cuerpo joven y tierno . . .
Duerma tu alma el sueño eterno,
que hay de sobra con la mía.

¡De ella quisiera verter
en ti la mitad, y hacer
que en estrecho abrazo unidos,
formásemos confundidos,
un cuerpo, un alma y un ser!

XLI

Van los demás luciendo por el bosque
sus vestidos de fiesta,
y alegres saltan, admirando todos
la gran Naturaleza.

Con deslumbrados ojos, el romántico
reverdecer contemplan,
y la charla sin fin de los gorriones
sus oídos deleita . . .

Yo en tanto, los balcones de mi estancia
cuelgo de ropas negras,
y entonces mis espectros, mis visiones
a visitarme llegan;

del reino de las sombras, a mi vista
mi antiguo amor se ostenta;
siéntase junto a mí, llora y el pecho
de suspiros me llena.

XLII

¡Cuánta imagen de otros tiempos
surge de bajo su lápida,
a recordarme la vida,
la ingrata vida pasada . . . !

De día, triste, soñando,
por esas calles vagaba;
y las gentes me veían
como ver a una fantasma.

Era, de noche, distinto,
no se encontraba ni un alma
en las calles, y por ellas
con mi sombra me paseaba.

Repercutían los ecos
en el puente mis pisadas,
y la luna, entre vapores,
asomaba triste y pálida.

Frente a tu casa plantado,
tus balcones espíaba,
y una ansiedad horrorosa
despedazaba mi alma.

¡Ay, cuántas veces me viste,
niña, desde tu ventana,
a los rayos de la luna,
inmóvil como una estatua!

XLIII

Un doncel a una doncella
adoraba con ardor;
ella a otro, olvidadiza,
hizo ofrenda de su amor;
y éste, entonces, a otra dama
dio su mano y fió su honor.

Despechada la doncella,
aceptó sin titubear,
por esposo al que primero
prometióla desposar;
y el doncel quedó sumido
en hondísimo pesar.

¡Es la misma vieja historia,
siempre nueva en su aflicción,
que, incesante, se repite
con la misma conclusión.
y que siempre, a quien le pasa,
le desgarrar el corazón!

XLIV

El amor, la amistad, la pretendida
piedra filosofal,
muchas veces y muchas en la vida
he escuchado alabar.

Yo, a mi turno, también las he elogiado,
y ansioso las busqué,
¡mas, ay, por mucho que las he buscado,
jamás las encontré!

XLV

Cuando la dulce cántiga
escucho resonar,
que mi adorada, trémula,
solía modular,
quiere abrumada el ánima
de angustias estallar.

Secreto impulso llévame
del bosque al espesor,
y allí desciende en lágrimas
de malhadado amor
el impetuoso y gélido
turbión de mi dolor.

XLVI

Soñé con una hermosa
princesa dolorida,
la faz humedecida,
sin rosas el color;
soñé que nos hallábamos
en éxtasis tranquilo,
sentados bajo el tilo
jurándonos amor.

— « No el cetro de tu padre
ni el trono es lo que espero,
ni su corona quiero
de fúlgido esplendor;
a ti no más, hermosa,
a ti no más aspiro,
¡sólo por ti suspiro,
sólo por ti, mi amor! .»

— « ¡Jamás será posible,
jamás! ». Dijo la hermosa.
« ¡Ha tiempo que a la fosa
bajé con mi dolor;
y sólo, por las noches,
del túmulo me evado,
para traerte, amado,
la ofrenda de mi amor! ».

XLVII

Juntos los dos, en trémula barquilla
y en íntimo coloquios de amistad,
bogábamos, mi bien, una callada
noche serena por el ancho mar.

La isla de los Genios descubrimos
a los rayos del astro nocturnal,
do al compás de fantástica armonía
danzaban las neblinas de la mar;

y seguían los mágicos acordes,
y danzaban las nieblas más y más . . .
¡Y nosotros pasamos . . . y seguimos
inconsolables por el ancho mar!

XLVIII

Del seno de las caras
fantásticas leyendas de otros días
surge una blanca y misteriosa mano
que a una tierra encantada nos convida.

Tierra donde las flores,
a la dorada lumbre vespertina,
suspiros lanzan de indecible anhelo,
y unas a otras con amor se miran;

donde cantan y hablan
los árboles en pláticas dulcísimas,
y se desatan cristalinas fuentes
entre murmurios de cadencias rítmicas;

y hay música en los aires,
y cántigas de amor jamás oídas,
que el alma llenan de visiones de oro,
y de ternura el corazón agitan.

¡Ay, quién pudiera en ella
al pecho devolverle su alegría,
y lejos de martirios y pesares,
libre y feliz, saborear la vida!

¡Cuántas veces en sueños,
mis ojos ven esa región divina . . . !
Mas luce al fin el rayo de la aurora
y como leve bruma la disipa.

XLIX

¡Te he amado y te amo tanto,
que si el mundo pereciera,
de entre sus ruinas surgiera
la llama de ese amor eterno y santo!

L

Solitario y sombrío,
iba yo por el campo, a la ventura,
una hermosa mañana del estío;
sereno era el azul, el aura pura,
y sus dulces querellas
decíanse entre sí las flores bellas.

Con mi dolor a solas,
desesperado y lívido me vieron,
y hacia mí dirigiendo sus corolas:
« Hombre pálido y triste, me dijeron,
depón la hiel humana,
y no guardes rencor a nuestra hermana ».

LI

Aparece mi amor triste, y sin glorias,
en su esplendor sombrío,
como una de esas trágicas historias
que se recitan bajo el cielo espléndido
de las noches de estío:

« Por encantado bosque se pasean
dos callados amantes;
los ruiseñores, trémulos, gorjean,
y la luna derrama en la alta bóveda
sus perlas y diamantes.

Inmóvil como un cuadro está la hermosa,
y él a sus pies postrado . . .
En esto surge de la selva hojosa
el gigante, y la dama escapa, trémula,
cual pájaro asustado . . .

El caballero cae en sangre tinto,
y cantando victoria,
se retira el gigante a su recinto . . . ».
¡Mi cuerpo helado en el angosto féretro,
será el fin de la historia!

LII

¡A fuerza de martirios me tornaron
lóbrega el alma, pálido el color,
los unos con su odio,
los otros con su amor!

¡En mi copa, en mi pan, día tras día,
derramaron veneno roedor,
los unos con su odio,
los otros con su amor!

¡Y ella, la que entre todos, más tormentos
me causa en esta vida, y más dolor,
jamás odio me tuvo,
jamás me tuvo amor!

LIII

Hoy el verano en tu mejilla pura
sus fulgores ostenta,
y del invierno la estación oscura
en tu pecho se asienta.

¡Eso, alma de mi alma, no es eterno,
y un día no lejano,
en tu mejilla reinará el invierno,
y en tu pecho el verano!

LIV

Cuando dos que bien se aman,
adiós se dicen, crüel,
mudos, se estrechan las manos
una y otra, y otra vez;
y ambos lloran y suspiran
con alma triste y fiel.

Nosotros, ¡ay! no lloramos,
ni suspiramos siquier;
las lágrimas, los suspiros
vinieron mucho después;
¡vinieron cuando era tarde,
cuando era tarde, mi bien!

LV

Es la hora del té: por todos lados
del amor se discute la cuestión;
los hombres a la estética entregados,
las damas, como siempre, al corazón.

« Debe ser el amor sólo platónico »
el grave consejero declaró;
y, sonriendo con semblante irónico,
la consejera un ¡ay! aventuró.

Abrió la boca y dijo el prebendado:
« no debe ser muy vívido el amor,
pues siempre ha daño a la salud causado »
y una niña observó: « ¿Por qué, señor? ».

Melancólica, dijo la condesa:
« ¡El amor es tan sólo una pasión! ».
Y haciendo los honores de la mesa,
una taza de té pasó al barón.

Allí un lugar desocupado había,
y vi que en él faltabas, oh, dolor . . .
¡Qué de cosas tan nuevas, vida mía,
les hubieras contado de tu amor!

LVI

¡Veneno brotan mis cantos . . . !
¿Cómo no? ¡Si me engañaste,
y mi vida emponzoñaste
al primer paso que di!

¡Veneno brotan mis cantos . . . !
¿Qué de extraño, qué de nuevo?
¡Si en el alma sierpes llevo,
y además te llevo a ti!

LVII

Mi antiguo sueño a visitarme ha vuelto:
« una noche de Mayo, bajo un tilo,
fidelidad eterna nos jurábamos,
tomando a las estrellas por testigos.

¡Qué protestas aquellas, qué protestas!
¡Y qué charla, qué besos, qué cariños...!
Tanto, que en el ardor de tu entusiasmo
me mordiste la mano, dueño mío ».

¡Oh, señora, señora de mi alma!
Tus protestas de amor y tus suspiros
hallé muy naturales, todo, todo...
Lo que de más estuvo fue el mordisco.

LVIII

Soñadora sentí el alma,
de la montaña en la cima,
y allí suspiré mil veces:
« ¡Ay, quién fuera una avecilla! ».

Si fuera, dulce amor mío,
una parda golondrina,
colgara de tus balcones
el nido de mi alegría;

si un ruiseñor, raudo vuelo
tendiera a ti, rubia niña,
y desde el tilo, de noche,
mis canciones te enviaría;

y si fuera un papamoscas,
volara a tu pecho, amiga;
sé que te gustan los tontos
y que sanas sus heridas.

LIX

Rodaba, lento, mi coche
por entre verdes montañas,
y por valles florecidos
que en la luz de los cielos se bañaban.

Yo en tanto, soñando iba
con la amada de mi alma,
cuando en esto me saludan,
moviendo la cabeza, tres fantasmas.

¡Ya tímidas, ya burlonas,
gestos haciéndome, saltan,
y girando como nieblas,
riéndose de mí, raudas escapan!

LX

En sueños lloré un día:
soñé que en el sepulcro te veía;
y aún después de despierto,
el raudal de mis lágrimas corría.

En sueños he llorado:
soñé que te alejabas de mi lado;
y desperté de nuevo,
en lágrimas acerbas inundado.

En sueños lloré un día:
¡soñé que me adorabas, vida mía!
Y desperté gimiendo,
¡y mis lágrimas corren todavía!

LXI

Todas las noches, en mis tristes sueños,
a saludarme viene cariñosa,
y entonces un impulso irresistible
de amor, llorando, ante sus pies me arroja.

Me mira con intensa pesadumbre,
triste moviendo su cabeza blonda,
y de sus ojos se desprenden lágrimas,
cual de una flor aljofaradas gotas.

Y una dulce palabra me confía,
y un ramo de ciprés me da la hermosa,
y me despierto, y se disipa el ramo,
y expira la palabra en mi memoria.

LXII

¡Horrible noche! ¡Cómo brama el viento
y cae la lluvia en hórrido estridor!
¡Ay! en este momento,
¿dónde estará la niña de mi amor . . . ?

¡Se me figura verla reclinada,
triste, a su reja, en llanto y soledad,
contemplando angustiada
la fría, la insondable oscuridad!

LXIII

Sacude el viento las ramas,
la noche es fría y sin luna,
y envuelto en mi negro manto
voy, solo, por la espesura.

Conmigo a la par cabalgan
mil ensueños de fortuna,
que me guían sonriendo
al hogar de mi ventura.

Llego al fin; el perro ladra,
los criados salen y alumbran,
y entro, y subo, y mis espuelas
en la escalera retumban.

En un retrete alfombrado
que con su aliento perfuma,
me espera la amada mía,
y mis brazos la circundan . . .

Suspira el viento en las hojas
y el alta encina susurra:
¿a dónde vas, caballero,
soñando tales locuras . . . ?

LXIV

De su celeste esplendor,
cae una estrella en el suelo:
¡ésa, caída del cielo,
es la estrella del amor!

Flores y hojas del manzano
unas tras otras descienden,
y por el suelo se extienden,
juguetes del aire vano.

Su canto rítmico y vago,
nadando, el cisne suspira,
y canta, y cantando expira
entre las ondas del lago . . .

¡Todo es silencio y olvido!
¡Marchitas, hojas y flores,
la estrella sin resplandores,
y el canto desvanecido!

LXV

El dios del sueño me llevó en sus alas
a un mágico palacio,
donde todo era luz, y todo galas
y aromas que poblaban el espacio.

Por aquel laberinto
de innumerables salas,
confusa muchedumbre discurría,
procurando, anhelante,
con la angustia en el alma y el semblante
la salida encontrar de aquel recinto.
Damas y caballeros,
allí mezclados a la turba había,
y yo también, en el revuelto centro,
pugnando por salir, me debatía.
De súbito la calma
sobrevino al tropel, cual por encanto,
y aislado me encontré. ¡Madre, ni un alma!
La multitud desapareció. De espanto
sobrecogido, me lancé a las piezas
que en cadena sin fin se sucedían . . .
Plomo sentí en los pies y hondas tristezas
y horrible angustia el pecho me oprimían . . .
Loco, buscando la salida ansiada,
llego por fin a la postrera puerta;
voy a salir . . . mas, ¡ay, a quién, turbada,
mi vista, oh, Dios, a percibir acierta . . . !
Era ella, era ella, el amor mío,
que, triste, a la salida, me esperaba,
lívido el labio, pálida la frente;
y con la mano alzada en el vacío,
a retornar me instaba . . .
¿Era mandato o súplica? Lo ignoro.
Sólo sé que en sus ojos llama ardiente
vi relucir, que penetró en mi alma,
brindándome de amor rico tesoro;
y que al mirarme en calma
aquellos dulces ojos,
severos, a la par que sin enojos,
como siempre, risueño,
vino el albor, y desperté del sueño.

LXVI

Era la noche silenciosa y fría,
y por la selva umbría,
solo con mis dolores,
lanzaba de mi pena los clamores.

De su profundo sueño, los altivos
árboles despertaron,
y al verme, compasivos,
sus copas tristemente columpiaron.

LXVII

Entierran a la orilla del camino
a los que mueren por su propia mano,
y a la azulada flor que allí se cría
dan el nombre de « flor del condenado ».

¡Ay, cuántas veces del camino al borde,
solo, de noche y sumergido en llanto,
mecerse al rayo de la triste luna,
la fatídica flor he contemplado!

LXVIII

Por doquiera me circunda,
como fúnebre sayal,
la negrura sofocante
de tiniebla sepulcral,
desque en lumbre no me baña
tu pupila celestial.

Los fulgores se apagaron
de la estrella de mi amor,
y a mis plantas un abismo
se entreabre de dolor . . .
¡Arrebátame en tus sombras,
noche lóbrega de horror!

LXIX

Fatídico plomo sellaba mis labios,
mis ojos cubría tiniebla profunda;
herida la frente, cuajada la sangre,
yacía en la estrecha, glacial sepultura.

No sé cuánto tiempo durmiera en su fondo,
tan sólo recuerdo que en hórrida angustia
de pronto se abrieron mis ojos sintiendo
que alguno tocaba, tocaba a mi tumba.

« ¡Levántate, amado! ¡Levántate, Enrique!
Ya el día infinito radioso despunta;
los muertos sacuden sus blancos sudarios
y entreabre sus puertas la eterna ventura ».

— ¡Alzarme no puedo, no puedo, amor mío!
Profundas tinieblas sin fin me circundan,
que a fuerza de llanto perdieron mis ojos
la luz que las almas alegra y alumbra . . .

« Enrique, mis besos harán que la noche
que envuelve tus ojos, rasgándose huya,
y entonces la Gloria verás, y los brillos
que lanza del cielo la gasa cerúlea ».

— ¡Alzarme no puedo, no puedo, amor mío!
Aún sangre gotea la herida profunda
que un tiempo me hiciste con una palabra
que hirió el pecho mío cual bárbara punta.

« Enrique, mi mano tranquila en tu pecho
pondré con amante, süave ternura,
y entonces la herida verás cómo sana
y cesa el intenso dolor que te abruma ».

— ¡Alzarme no puedo, no puedo, amor mío!
Aún tiñe mi frente la sangre no enjuta
que el arma funesta brotar hizo a mares
el día en que a otro te unió la fortuna.

« Enrique, mis trenzas vendando tu herida,
mis trenzas que amaste, por suaves y rubias,
harán que la sangre de pronto restañe,
tornando tu frente más tersa que nunca ».

Tan tierno, tan blando, tan dulce era el ruego,
que no era posible negarme a la súplica,
y haciendo un esfuerzo, probé a levantarme
y a unirme a su blanca, serena hermosura.

Mas, ¡ay! mis heridas al punto se abren,
el pecho y la frente la sangre me inunda,
y abriendo los ojos, de súbito encuentro
que un sueño fue todo, de muertos y tumbas.

LXX

¡Traedme una inmensa urna,
que en ella quiero enterrar
mis canciones y mis sueños
y otras muchas cosas más!
¡Venga una caja más vasta
que el tonel monumental
que de Héidelberg se ostenta
en la clásica ciudad!
¡Traedme al par unas andas
de tamaño colosal,
mucho más largas que el puente
que a Maguncia fama da;
y por fin, doce gigantes
vengan al punto, además,
mayores que el San Cristóbal
de nuestra gran Catedral,
para que el féretro carguen
y lo arrojen a la mar,
que tal ataúd requiere
por fosa la inmensidad!

.....

¿Sabéis por qué os he pedido
caja tan descomunal...?
¡Porque en ella enterrar quiero,
de otras cosas a la par,
mis desdeñados amores,
y mi dolor además!

EL REGRESO

(1823-1824)

I

En mi oscura vida un tiempo
brilló una dulce visión;
desvaneci6se la imagen,
y entre tinieblas estoy.

Los ni6os, cuando en la sombra
los sobrecoge el terror,
para librarse del miedo
cantan luego en alta voz.

Yo, pobre ni6o, en la sombra,
miedoso, cantando voy;
no ser6 dulce mi canto,
mas me libra del terror.

II

No s6 qu6 me pasa; ignoro
por qu6 tan triste me siento,
y una leyenda pasada
gira y gira en mi cerebro.

Avanza fr6a la tarde;
el Rin ondula sereno,
y el pico del monte brilla
del sol al rayo postrero.

Sobre una peña, una hermosa
se alcanza a ver a lo lejos,
que de áureas joyas prendida,
peina sus áureos cabellos.

De oro es el peine que usa,
y un canto modula, tierno;
canto de tal melodía,
que embarga los sentimientos.

El barquero, en su barquilla,
oye la canción, suspenso,
y no ve los arrecifes,
fija la vista en el cielo.

Presas fueron de las ondas
al fin, barquilla y barquero,
y fue el canto de la ninfa
la causa de aquel siniestro.

III

Muy triste está mi corazón, muy triste,
y Mayo alegre su fulgor derrama;
yo, en tanto, a un tilo reclinado, sueño,
del antiguo bastión en la explanada.

Debajo miro deslizarse, azules,
del ancho foso las serenas aguas,
y un niño en ellas, que en ligero esquite
tiende la red y descuidado canta.

A la distancia, alegres se divisan,
al sol luciendo sus brillantes galas,
quintas, jardines, campesinas gentes,
y rebaños, y prados, y montañas.

En el remanso, las campestres mozas
lavan y alegres en el musgo saltan;
y del molino la zumbante rueda
en lluvia de diamantes se desata.

En el antiguo torreón pardusco,
del centinela la garita se alza,
y junto a ella, sin cesar va y viene
un rudo militar, montando guardia.

Y el fusil manejando se divierte
que al sol reluce cual bruñida plata;
y yo lo observo en mi dolor, y digo:
¡ojalá que de un tiro me matara!

IV

Voy por el bosque sumergido en llanto,
y en lo alto de las ramas el zorzal
vuela y modula en melodioso canto:
« ¿Por qué tan triste estás? ».

« Las pardas golondrinas, tus hermanas,
avecilla, decírtelo podrán;
ellas, que hacen su nido en las ventanas
de mi dulce beldad ».

V

Está la noche tempestuosa y fría;
de luceros vacía
la bóveda del cielo;
y yo, entre tanto, por la selva umbría,
perdido vago a solas con mi duelo.

De una luz el reflejo vacilante
alcanzo a ver distante,
en la cabaña oscura
del cazador . . . Prosigue, caminante;
que allí también hay sombra y desventura.

La anciana abuela, en un sillón de cuero,
ciega y de aspecto austero,
sentada está, cual ruda
marmórea efigie en ademán severo,
rígida, inmóvil, olvidada y muda.

Del guardabosque el hijo pelirrojo,
dando voces de enojo,
va y viene; la escopeta
apoya al muro, y su brutal antojo
y su labio soez nada respeta.

La hermosa niña, en tanto,
hila, y el lino moja con su llanto,
mientras a sus pies tendido,
presa también de su mortal quebranto,
lanza el lebrél del padre triste aullido.

VI

¡Ven oh, linda pescadora,
acerca el bote a la tierra;
ven y siéntate a mi lado,
y hablemos de cosas tiernas!

Reclina en el pecho mío
la cabeza, y nada temas;
¡tú, que diariamente fías
al rudo mar tu existencia!

Como el mar, mi pecho agitan
flujo y reflujo y tormentas,
y en su fondo oscuro yacen
escondidas muchas perlas.

VII

La luna en los espacios ascendía,
en luz bañando el ondulado mar;
y yo en los brazos de mi amor, sentía
su corazón y el mío palpar.

Mi aliento confundiendo con su aliento,
reposaba a la orilla de la mar.
« ¿Qué escuchas, dime, en el gemir del viento,
que hace tu blanca mano así temblar . . . ? ».

« No es la voz de la brisa gemidora;
es de la ondina el canto singular . . .
¡Son mis hermanas que, en infausta hora,
a sus abismos arrastró la mar! ».

VIII

Su cinturón de nubes descendiendo,
su blanco cinturón, el viento avanza;
las olas bate con poder tremendo,
y el mar rugidos espantosos lanza.

En las alturas lóbregas, su broche
las nubes rompen con furor insano:
dijérase que está la vieja Noche
luchando por ahogar al viejo Oceano.

En el tope del mástil, la gaviota
lanza su grito en la región oscura,
las alas bate, y su estridente nota
algo siniestro y pavoroso augura.

IX

La tormenta al baile invita
con su rugir y silbar.
¡Ay, cómo danza la nave!
¡Qué alegre la noche está!

¡Montañas de hirviente espuma
forma el encrespado mar;
ya aquí en abismos se abre,
ya se eleva al cielo allá!

¡Votos, quejas y plegarias
suenan en la oscuridad;
y yo asido al mástil pienso:
quién estuviera en su hogar!

X

Las vespertinas nieblas
bajan y el mar envuelven en tinieblas,
y en misterioso murmurar, las ondas
sus crestas ciñen de nevadas blondas.

De ellas, una sirena
surge y se sienta junto a mí en la arena;
su níveo seno la flotante gasa
que su hermosura vela, hinche y traspasa.

En amoroso nudo
me enlaza ardiente, hasta el dolor agudo;
« Es tu abrazo de fuerza abrumadora,
¡oh, hermosa ninfa, de la mar señora! ».

— « Si en mis brazos te estrecho,
es porque busco en tu ardoroso pecho
el dulce alivio del calor del día
en esta noche nebulosa y fría ».

« Pálido luce el astro
de la noche, entre nubes de alabastro,
y húmedos por el llanto están y rojos,
¡oh, hermosa ninfa de la mar, tus ojos! ».

— « ¡No es llanto lo que brota
de mis ojos — me dijo —; es una gota
del mar que en ellos se quedó prendida
al surgir de las sombras a la vida! ».

« Su penetrante nota
lanza en el mar rugiente la gaviota;
y tu pecho se agita en honda pena,
¡oh, de la mar bellísima sirena! ».

— « Mi corazón palpita
y en honda pena sin cesar se agita,
¡porque te adoro con amor sin nombre
en el mundo mortal, hijo del hombre! ».

XI

Cuando por las mañanas, dulce niña,
paso frente a tu casa,
mi corazón rebosa de contento
al verte en la ventana.

Con tus oscuros, insondables ojos,
me preguntas, callada:
« ¿quién eres, triste y pálido extranjero?
¿Qué sientes en el alma . . . ? ».

¿Quién soy? Bardo germano, en Alemania
de todos conocido:
¡cuando se citan los más altos nombres,
también se cita el mío!

¿Qué siento? Lo que sienten en mi patria
muchos por cruel destino:
¡cuando se citan los dolores grandes,
también se cita el mío!

XII

Resplandecían las marinas olas
al sesgo rayo del poniente sol;
del pescador en la cabaña, a solas,
silenciosos estábamos los dos.

Las nieblas apagaron los reflejos;
revolaban los pájaros del mar;
y de tus ojos, del amor espejos,
las lágrimas brotaron en raudal.

Yo las vi descender sobre tu mano,
y cayendo de hinojos a tus pies,
como puro rocío en lirio ufano,
sediento, aquellas lágrimas libé.

Desde el instante aquél, de hondo quebranto
expira y de ansiedad, mi corazón . . .
¡Ay, la desventurada, con su llanto
para siempre jamás me envenenó!

XIII

En el lejano horizonte,
como paisaje de nieblas,
la ciudad, con sus cúpulas y torres,
brilla en la luz crepuscular envuelta.

Una brisa húmeda y fría
las pardas ondas subleva,
y triste, el marinero en mi barquilla
con movimiento acompasado rema.

¡Por última vez su brillo
el sol al hundirse ostenta,
y una vez más me enseña aquellos sitios
donde perdí el amor de mi existencia!

XIV

¡Salve, misteriosa y noble
ciudad que brindaste un día
asilo, tras de tus muros,
al dulce amor de mi vida!

Responded, torres y puertas:
¿dónde está la hermosa niña . . . ?
Os la confié, y de guardianes
debisteis siempre servirla.

Culpa no tienen las torres,
que tras ella no podían
correr, cuando la adorada
de la ciudad huyó a prisa.

Y las puertas la dejaron
pasar ufana y tranquila;
¡que toda puerta se abre
cuando lo quiere una niña!

XV

¡Entré en la sala aquella
en que su fe me prometió la bella;
y allí donde sus lágrimas ardientes
dejaron una vez húmeda huella,
se arrastran hoy mortíferas serpientes!

XVI

Serena está la noche, la calle silenciosa;
es ésta la morada que mi ángel habitó;
ha tiempo que la hermosa partió del lar nativo;
la casa, en tanto, ocupa la misma posición.

Ante ella un hombre observo que mira hacia lo alto,
torciéndose las manos de angustia y de dolor;
¡horror! la clara luna su rostro me revela,
y en él mi propia imagen contemplo: ¡es *otro yo!*

¡Oh, sombra de mi sombra, visión descolorida!
¿Por qué, por qué remedas la angustia de mi amor,
aquel suplicio agudo que en estos mismos sitios
hirió mi alma en noches de un tiempo que pasó?

XVII

¿Cómo puedes dormir tan descuidada,
sabiendo que aún existo . . . ;
que puedo, si despierta el viejo encono,
romper el yugo impío . . . ?

¿La popular leyenda no conoces,
de aquel muerto que vino
a media noche y se llevó a la novia
a su sepulcro frío?

Pues, créeme, hermosa niña, y no lo dudes,
que es cierto lo que digo:
¡vivo aún, y más fuerte soy que todos
los muertos reunidos!

XVIII

Duerme la niña, la callada luna
trémulo rayo al aposento envía,
mientras afuera resonar se oye
de un vals la cadenciosa melodía.

Asómase la hermosa a la ventana
por ver quien turba su tranquilo sueño,
y un esqueleto ve que el valse toca
en un violín, con pavoroso empeño.

« Me ofreciste una vez bailar conmigo,
y tu promesa aguardo todavía.
Baile en el cementerio hay esta noche;
¡ven, y allí bailaremos, alma mía! ».

Vivo deseo al punto se apodera
de la niña infeliz; fuera se lanza,
y al esqueleto sigue, que cantando
y tocando el violín al frente avanza.

Y los desnudos huesos traqueando
con pavoroso y áspero crujido,
al rayo de la luna, horribles gestos
va haciendo con el cráneo carcomido.

XIX

Sumergido en hondos sueños,
contemplaba su retrato,
y poco a poco, su dulce
rostro por el amor se fue animando.

Con angélica sonrisa
plegó sus divinos labios,
y lágrimas de ternura
en sus ojos espléndidos brillaron.

Rodó también a torrentes
por mis mejillas el llanto . . .
¡Ay, por más que pienso en ello,
que te he perdido a comprender no alcanzo!

XX

¡Atlas mísero soy! ¡Un mundo entero,
el mundo del dolor,
sobre mis hombros llevo; su tremenda,
su insoportable gravedad me agobia,
me rompe el corazón!

¡Soberbio corazón, tú lo has querido!
La aventura sin fin,
la eterna dicha, o la desgracia eterna . . .
Eso deseabas, corazón soberbio,
¡y ya eres infeliz!

XXI

Los años vienen y expiran,
caen en la tumba las razas,
sólo el amor nunca muere
que mi corazón entraña.

Una vez más desearía
verte y postrarme a tus plantas;
y moribundo, decirte:
« ¡te adoro! » y rendir el alma.

XXII

Era en sueños; tristísimas brillaban
la luna y las estrellas,
y a la ciudad me transporté do habita
mi amada, a muchas leguas.

Llegué a su casa; las marmóreas gradas
besé de la escalera;
aquellas gradas que sus pies rozaron
y su falda de seda.

Era una noche del invierno, larga
y de frialdad intensa,
cuando de pronto apareció una forma
en la ventana abierta:

¡Era la forma silenciosa y pálida
de la hermosa doncella,
que al rayo de la luna aparecía
luminosa y serena!

XXIII

¿Qué quiere esa solitaria
lágrima que mi pupila
nubla, tornando a mis enjutos ojos
del fondo oscuro de pasados días?

Muchas trémulas hermanas
tuvo, hoy ya desvanecidas;
regadas con mis penas y venturas,
perdidas en las sombras y las brisas.

Las estrellas se apagaron
de sus azules pupilas,
que en el fondo del alma en otros tiempos
a mis dichas y angustias sonreían.

¡Ay, también, cual vano aliento,
voló el amor de mi vida . . . !
¡Lágrima solitaria, corre, corre . . .
disípate también en mi mejilla!

XXIV

La blanca media luna del otoño
su disco asoma entre vapores pálidos,
y cabe el triste cementerio alumbra
la solitaria habitación del párroco.

La madre lee la Biblia; el hijo clava
los ojos en la luz por largo espacio;
medio dormida, la mayor se estira,
y la menor exclama con enfado:

« ¡Ay, Dios, qué días estos que uno pasa
aquí, tan aburridos, tan pesados . . . !
Sólo cuando a enterrar llevan a alguno,
es entonces no más que vemos algo . . . ».

Sin dejar de leer, la madre observa:
« te engañas; solamente han muerto cuatro
desde que sepultaron a tu padre
allí junto al portón del camposanto ».

Dando un bostezo la mayor, « no quiero,
dice, morir de hambre en estos campos;
mañana mismo voy casa del Conde,
que es muy rico y está de mí prendado ».

Con estúpida risa el hijo exclama:
« bebiendo en la taberna he visto a cuatro
que saben hacer oro, y el secreto
en estricta reserva me han confiado ».

Ardiendo en honda indignación, la madre
le tira al flaco rostro el libro santo:
« blasfemo del Señor, ¿qué es lo que dices?
¿Convertirte en ladrón quieres acaso? ».

En esto, alguno a la ventana toca,
y moviéndose allí vese una mano,
es el difunto padre que los mira
desde afuera, en su traje de eclesiástico.

XXV

Se adoraban los dos, mas su secreto
ninguno confesaba;
mirábanse cual fieros enemigos,
y el amor los mataba!

Separáronse al fin, y sólo en sueños
a veces se veían . . .
¡Hacía largo tiempo que en la tumba,
sin saberlo, dormían!

XXVI

¡Hombre, respeta al diablo!
¡Corta es la vida,
y del infierno el eternal castigo,
no es sueño que forjó la fantasía!

¡Hombre, paga tus deudas!
¡Larga es la vida,
y de pedir prestado en este mundo
tendrás, como otras veces, todavía!

XXVII

¿Te acuerdas? Eramos niños,
y las horas se pasaban,
ya trepando al gallinero,
ya escondidos en la paja.

Remedábamos del gallo
la voz penetrante y clara,
con habilidad tan suma,
que la gente se engañaba.

De los cajones vacíos
que en el corral se hacinaban,
con improvisados muebles,
nos hicimos una casa.

Del vecino, con frecuencia,
visitábamos la gata,
y le hacíamos, corteses,
los honores de la casa.

Por su salud inquiríamos
con solícitas instancias;
(como después lo hemos hecho
con más de una vieja gata).

Hablábamos, otras veces,
como personas ancianas,
quejándonos de los tiempos
tan ruines que nos rodeaban;

de cómo ya no existían
ni fe, ni amor, ni confianza;
de lo caro de los frutos
y lo escaso de la plata . . .

Pasaron ya aquellos juegos,
¡ay! como al fin todo pasa . . .
¡El oro, el tiempo y el mundo,
y fe, y amor, y confianza!

XXVIII

En sueños la vi, sumida
en ansiedad y quebranto,
marchitas ya aquellas formas,
de belleza, antes, dechados.

En brazos llevaba un niño,
y otro guiaba de la mano,
revelando su infortunio
en traje, mirada y paso.

La encontré vagando, triste,
por la plaza del mercado;
me vio y le dije sereno,
mi conmoción ocultando:

« Ven a mi casa conmigo,
que enferma estás, sin amparo;
allí el pan tendrás seguro,
con mi industria y mi trabajo ».

« También cuidaré a esos niños
que estrechas entre tus brazos;
pero a ti más que a ninguno,
¡pobre ser desventurado! ».

« Nunca habré de recordarte
mi pasado amor, y cuando
mueras, sobre tu sepulcro
iré a derramar mi llanto ».

XXIX

A tiempo que del seno de un nublado,
la luna entre esplendores ascendía,
del fondo tenebroso del pasado,
surgió un recuerdo ante la vista mía:

De rauda nave al movimiento blando,
bogábamos del Rin en la corriente,
sus márgenes frondosas contemplando
bañadas en la luz del sol poniente.

A los pies de una dama hermosa y pura
iba sentado yo, forjando un sueño,
viendo en su dulce y pálida hermosura,
del sol jugar el esplendor risueño.

¡Cuánta dulce canción! ¡Cuánto donaire!
¡Era todo en redor, paz y alegría . . . !
¡Cada vez más azul brillaba el aire,
y de contento el corazón se henchía!

Cual mágica visión desenvolviendo
se iba del Rin el bello panorama . . .
¡Y yo todo copiado lo iba viendo
en las pupilas de la hermosa dama!

XXX

¡Oh, no perdáis la paciencia,
si del antiguo dolor,
un ay resuena vibrante
en mis últimos cánticos de amor!

¡Esperad, que ha de extinguirse
el eco de mi aflicción,
y una nueva primavera
de cantos brotará mi corazón!

XXXI

Tiempo era ya de abandonar, sensato,
aquellos devaneos;
pues la comedia del amor, contigo
representando estuve largo tiempo.

Eran los bastidores de un estilo
romántico, soberbio;
mi manto señorial, bordado en oro,
y de excelsa bondad mis sentimientos.

Y hoy, después que esas locas ilusiones
he roto por completo,
sigo siendo infeliz, pues todavía,
sin cesar, la comedia represento.

¡Ay, Dios . . . , que sin quererlo, de mi alma
he confiado el secreto;
pues estoy, con la muerte en el espíritu,
de moribundo gladiador haciendo!

XXXII

Cuando en las sombras envuelto,
tendido en el lecho estoy,
entonces, ante mi vista
flota una dulce visión.

Cuando los ojos, apenas
me cierra blando sopor,
en mi sueño, dulcemente,
se desliza la visión.

¡Mas al rayar de la aurora,
no se desvanece, no . . .
y durante todo el día
la llevo en el corazón!

XXXIII

¡Niña de los claros ojos,
la de los labios de rosa;
dulce bien que eternamente
en mi pensamiento moras!

¡Qué larga noche de invierno . . . !
Quisiera pasarla toda
a tu lado, en los coloquios
de la confidente alcoba.

¡Tu nívea mano quisiera
oprimir contra mi boca,
y humedecer con mi llanto
tus dedos de nieve y rosa!

XXXIV

¡Puede la nieve amontonarse afuera;
puede el granizo y la tormenta fiera
en mis ventanas golpear sin calma;
y jamás una queja de mi alma
saldrá, mientras entrañe el pecho mío
la imagen celestial de mi hechicera,
y con ella el rocío
y la luz de la tibia primavera!

XXXV

A San Pedro y San Pablo ruegue el uno,
ruegue el otro a la madre del Señor;
yo sólo a ti te ruego, vida mía;
¡a ti no más, mi deslumbrante sol!

Ten piedad de mi mal, sé bondadosa,
concédeme tus besos y tu amor,
¡oh, sol el más hermoso bajo el cielo,
oh, cielo el más hermoso bajo el sol!

XXXVI

¿No te revela, acaso, mi semblante
pálido, el torcedor de mi pasión . . . ?
¿Y quieres, ay, que el orgulloso labio
se humille a la limosna del amor . . . ?

¡Oh, no; este altivo labio fue creado
para el beso y la burla nada más;
y aun expirando de dolor, soberbio,
de risa y de desdén se plegará!

XXXVII

Son tus ojos dos zafiros
de celeste resplandor:
¡feliz tres veces el hombre
a quien miran con amor!

Tu corazón es diamante
de fulgente irradiación:
¡feliz tres veces el hombre
por quien arde con pasión!

Dos rubíes son tus labios,
como el mundo nunca vio:
¡feliz tres veces el hombre
que amor en ellos libó . . . !

¡Oh, si a ese hombre dichoso conociera . . . !
¡Oh, si a solas con él me hallase un día
en un bosque tupido y solitario . . .
cuán pronto su fortuna acabaría!

XXXVIII

Como una flor eres, niña,
tan hermosa, y pura, y tierna,
y cada vez que te miro,
siento en el alma tristeza.

Quisiera extender las manos
sobre tu frente serena,
¡y a Dios rogar que te guarde
siempre tan pura y tan bella!

XXXIX

Largo tiempo me he roto la cabeza
pensando y maquinando noche y día:
hasta que, al fin, tus adorables ojos
solvieron el problema de mi vida.

Y hoy existo no más donde la llama
dulce y fulgente de tus ojos brilla . . .
¡Quien hubiera pensado que de nuevo
a amar en este mundo llegaría . . . !

XL

Reunión en la casa hay esta noche;
resplandecen las salas,
y arriba, en los balcones, una sombra
a distinguir se alcanza.

Tú no me ves; oculto en la penumbra,
solo estoy, en la casa;
mucho menos ver puedes en el fondo
oscuro de mi alma.

¡Ay, mi sombrío corazón te adora;
te adora y se desgarrar;
te rompe, y se desangra, y se consume
y tú . . . tú no ves nada!

XLI

Quiero todos mis dolores
en una voz encerrar,
y en los vientos zumbadores
echarla luego a volar.

Y que volando incesante,
hasta a tu oído llegar,
la escuches a cada instante,
en todo tiempo y lugar.

¡Y por fin que de fatiga
tus párpados al cerrar,
hasta en sueños te persiga
la voz de mi hondo pesar!

XLII

Tienes diamantes y perlas,
tienes cuanto el hombre ansía,
tienes los ojos más bellos:
¿qué más quieres, vida mía?

A tus bellísimos ojos
compuso mi fantasía
un raudal de eternos cantos:
¿qué más quieres, vida mía?

Con tus bellísimos ojos
me hundiste en tal agonía,
que al borde estoy del sepulcro:
¿quieres aún más, vida mía . . . ?

XLIII

Quien ama por vez primera,
aun sin dicha, es rey del cielo;
quien ama por la segunda,
sin esperanza, es un necio.

Yo ese necio soy, que amando
sin retorno estoy de nuevo . . .
Luna y sol y estrellas ríen . . .
Yo también río . . . ¡y me muero!

XLIV

Sanos consejos diéronme; de honores
me colmaron, prolijos;
y ayudado me habrían, según ellos,
a haberlo yo querido.

Mas de hambre hubiera muerto, como todos
sus demás protegidos,
a no venir un excelente hombre,
por fortuna, en mi auxilio.

¡Qué hombre tan bueno . . . : me libró del hambre;
lo que jamás olvido . . . !
¡Lástima que no pueda yo abrazarlo,
puesto que soy yo mismo!

XLV

Para elogiar a este chico
no hay en el mundo palabras:
a menudo con ostiones
y licores me regala.

¡Qué bien el gabán le sienta,
y el chaleco y la corbata,
cuando, atento, a saludarme
viene todas las mañanas!

Me habla entonces de mi gloria,
de mi genio y de mi fama;
y solícito y celoso
por servirme se desala.

Por la noche, en la tertulia,
con facha y voz inspiradas
recita mis inmortales
poemas ante las damas . . .

¡Oh, qué gozo y qué fortuna
hallar semejante ganga
en estos tiempos en que cada día
más y más la virtud se torna rara!

XLVI

En Julio me alejé de vuestro lado,
y ahora torno a encontraros en Enero;
entonces, de calor os asfixiabais;
hoy sufrís los rigores del invierno.

Pronto me iré, para volver más tarde,
cuando ya ni el calor sintáis, ni el hielo . . .
Y entonces pasaré por vuestra tumba,
¡ay, con el corazón cansado y viejo!

XLVII

Estrechado en tus brazos, vida mía,
libando de tus besos la dulzura,
pasado hubiera otro dichoso día . . .
Mas vino el postillón . . . y ¡adiós, ventura!

¡Esa, niña, es la vida . . . ! Eterna pena . . .
De eterna despedida los enojos . . .
¡Ay . . . ! ¿por qué no me hiciste una cadena
eterna con tus brazos y tus ojos?

XLVIII

Ibamos viajando solos
en la oscura diligencia;
y entre risas y entre chanzas
pasamos la noche entera.

Mas apenas rayó el día,
entre los dos, ¡oh, sorpresa . . . !
vimos sentado a Cupido,
el intruso viajero de la venda.

XLIX

Como espectros aparecen
las casas, en larga fila;
y yo en mi capa embozado,
silencioso, marchó aprisa.

En la torre dan las doce,
hora en que la amada mía
con impaciencia me aguarda
para rendirme a caricias.

Mi camino iluminando,
la blanca luna es mi guía;
llego por fin a la casa,
y digo, alzando la vista:

« Gracias, luna confidente,
que así mi senda iluminas:
¡Adiós . . . ! ¡Prosigue en el mundo
vertiendo tu luz tranquila;

y si encuentras un amante
que solitario suspira,
bríndale el dulce consuelo
que a mí me brindaste un día! ».

L

¡Es cierto que tanto me odias?
¡Verdad que has variado tanto . . . ?
¡He de revelarle al mundo
todo el mal que me has causado!

¡Oh, ingratos labios! Decidme:
¡cómo podéis tan amargos
ser con el hombre que un día
tanto y tanto os ha besado!

LI

¡Son esos los mismos ojos
que antes tiernos me veían;
son esos los mismos labios
que me endulzaron la vida!

¡Es ésa la voz que un tiempo,
embelesado, yo oía . . . !
¡Sólo yo no soy el mismo . . .
tanto he cambiado en la vida!

¡Y hoy cautivo entre sus brazos
de belleza peregrina,
sobre su seno, indolente,
reclino la sien marchita!

LII

Raras veces me entendisteis;
yo a vosotros rara vez . . .
¡Fue al hallarnos en el lodo
que nos entendimos bien!

LIII

Incomoda a los eunucos
el sonido de mi voz,
y se quejan, afirmando
que es muy bronca mi canción.

Y ensayando sus delgadas
vocecillas con primor,
hacen trinos y gorjeos
de argentina vibración.

Cantan del amor las ansias,
cantan los goces de amor,
y las mujeres se anegan
en lágrimas de emoción.

LIV

Cual hostia gigantesca, entre las nubes,
lentamente la luna se elevaba,
su resplandor sobre la mar sombría
bordando en oro reluciente franjas.

Yo, por la playa, silencioso, iba,
donde las blancas olas se estrellaban,
cuando de pronto oí rumor de voces
que hablaban dulcemente bajo el agua.

Era larga la noche, y más no pudo
aquel silencio resistir mi alma:
« ¡Ninfas, salid del mar y en torno mío
entonad y bailad la ronda mágica! ».

En vuestros senos arrullad mi frente;
mi espíritu y mi cuerpo os rindo, ¡oh, hadas!
¡Cantadme y estrechadme hasta que muera,
y a dulces besos agotad mi alma! ».

LV

En pardas nubes envueltos
duermen los dioses ahora;
oyendo estoy sus ronquidos
en la tormenta horrorosa.

La furia de la borrasca
ya el pobre barco destroza . . .
¡Ay, quién enfrena estos vientos,
ni quién domeña estas olas . . . !

¡Y pues evitar no puedo
que truene, y crujan las lonas,
me envuelvo en mi capa, y hago
como los dioses que roncan!

LVI

Niña, eso fuera tu ruina,
y por eso pongo empeño
en que tu alma por mí nunca
sienta del amor el fuego.

Mas, ay, sabiendo cuán fácil
me fuera lograrlo, pienso
con tristeza muchas veces:
¡ay, si me amaras . . . qué bueno!

LVII

Es el aire fresco y blando
de Salamanca en los muros,
y allí, con ella, vagaba
a la hora del crepúsculo.

Mi brazo abarcó su talle,
tan flexible como un junco,
y de su seno, mi mano
sentía el latir profundo.

Pasó en esto por los tilos
un ominoso murmullo,
y del molino gemía,
lúgubre, el torrente oscuro:

— « Me dice un presentimiento
que me va a engañar alguno . . .
¡Ay, señora, no volvamos
a pasear por estos muros! ».

LVIII

Ya sobre la montaña el sol se eleva;
ya a lo lejos se ven los corderillos:
mi ovejuela, mi amor, mi sol, mi gloria . . . ,
¡muéstrame una vez más tu rostro amigo!

¡Adiós, alma de mi alma, ya me alejo!
¡En vano alzo la vista, en vano espío . . . !
Ni una sola cortina se entreabre;
aún duerme y sueña . . . ¿Soñará conmigo . . . ?

LIX

La estiva noche en su estrellado velo
el bosque envuelve y las floridas lomas,
y la áurea luna en el azul del cielo
sus rayos vierte, derramando aromas.

La voz del grillo, un blando movimiento
que el agua agita y que en el aire suena,
y un rumor de onda rota, y un aliento
se oye en la opaca soledad serena.

¡Allí la hermosa y solitaria ondina
se baña en el cristal de la laguna,
y su radiante desnudez divina
resplandece a los rayos de la luna!

LX

La muerte es la frescura de la noche,
la vida es la solar irradiación . . .
Ya oscureciendo va; ya siento sueño;
del día ardiente me rindió el calor.

Sobre mi lecho se levanta un árbol,
en cuya ramas canta un ruiseñor . . .
¡Canta las glorias del amor, y en sueños
oigo yo su dulcísima canción!

LXI

Densa es la noche en extranjero suelo;
me duele el corazón, siento fatiga;
mas ya tu blanda luz baja del cielo
como una bendición, ¡oh, luna amiga!

¡Oh, luna! con los rayos de tu lumbre
ahuyentas de la noche los enojos,
se disipa mi inmensa pesadumbre,
y se arrasan de lágrimas mis ojos.

LXII

Dí, ¿dó está la adorada a quien un tiempo
dedicaste tu hermosa inspiración,
cuando la llama célica abrasaba
con mágico poder tu corazón . . . ?

Ya se extinguió esa llama; ya mi pecho
muerto y helado está por el dolor . . .
Y es este libro la mortuoria urna
que encierra las cenizas de mi amor.

DOÑA CLARA

Por el jardín, al crepúsculo,
la hija del alcalde vaga,
y rumor de timbales y trompetas
resuena en el castillo, a la distancia.

« Fastidiada estoy del baile,
de tanta dulce palabra,
y de tanto galán que tiernamente
al sol esplendoroso me compara.

Todo me fastidia, todo,
desde que a la luna pálida
vi al caballero aquél que por las noches
con su laúd me atrae a la ventana.

Viendo sus ojos de fuego,
su esbelta forma, y su cara
de noble palidez, me parecía
que al divino San Jorge contemplaba ».

Mirando absorta hacia el suelo,
pensaba así Doña Clara,
cuando a su vista apareció el hermoso
incógnito galán en quien pensaba.

Mano en mano, al rayo tibio
de la luna se paseaban:
las rosas, por encanto, sonreían,
y agitaban los céfiros sus alas.

— En el cáliz de las rosas
del amor arde la llama:
hora dime, bien mío, ¿en este instante,
por qué luce tu faz tan encarnada?

« Son los mosquitos, mi vida,
que me han picado en la cara,
y a quienes odio más que a los judíos
de sangre impura y de narices largas ».

— ¡Deja, deja a los mosquitos
y a los judíos en calma;
mira la lluvia de nevados pétalos
que del almendro en flor en copos baja!

Ya los pétalos de nieve
su dulce aroma derraman.
Hora dime, bien mío, ¿será cierto
que eternamente y con pasión me amas . . . ?

« Que te amo, te lo juro
por el Cristo de mi alma,
a quien asesinó traidoramente
de los judíos la maldita raza ».

— ¡Deja, deja a un lado al Cristo,
y a la maldecida casta:
Mira a lo lejos columpiarse en sueños,
radiando luz, las azucenas blancas!

Las radiantes azucenas
alzan a Dios sus corolas:
hora dime, bien mío, ¿tus palabras,
que no has jurado en falso, quién me abona . . . ?

« El engaño en mí no cabe,
que en mis venas ni una gota
corre de sangre impura de judíos,
ni una gota siquiera de sangre mora ».

— ¡Deja, deja a los judíos
y a los moros, niña hermosa,
y ven conmigo a respirar las auras
de aquel bosque de mirtos a la sombra!

De amor en las blandas redes
prendió el galán a la novia:
¡palabras cortas, prolongados besos,
y corazones que de amor desbordan . . . !

Dulce epitalamio canta
el ruiseñor en la fronda,
y en el mullido césped las luciérnagas
alumbran de Himeneo las antorchas.

¡Qué silencio en la enramada!
Apenas se oye en las hojas
el discreto murmullo de los mirtos
y el aromado aliento de las rosas.

De súbito, en el castillo
suenan timbales y trompetas,
y en brazos del ardiente caballero
despierta Doña Clara con zozobra:

« ¡Me llaman! ¡Adiós . . . ! pero antes,
escuche yo de tu boca
el nombre idolatrado que has tenido
oculto a mis deseos hasta ahora ».

Y el caballero, sonriendo,
besa la mano a la hermosa,
sus labios besa y su orgullosa frente
y así le dice, con zumbante sorna:

« ¡Yo, vuestro rendido amante,
vuestro adorado, señora,
soy el hijo del sabio y eminente
Gran Rabino, Israel de Zaragoza! ».

IDILIO

Negros vestidos, medias de seda,
puños de encaje, corbatas blancas,
palabras dulces, galantes besos . . .
¡Ay, si a lo menos tuvierais alma!

¡Alma sincera dentro del pecho,
y amor ardiente dentro del alma . . . !
¡Ay, ya me agobian vuestras fingidas
lamentaciones de penas falsas!

¡A la montaña me voy, do, alegre,
se alza la humilde, libre cabaña;
do libre el pecho respira y goza,
y libres vuelan las dulces auras!

A la montaña me voy, do, alegres,
de los abetos bajo las ramas,
bullen las fuentes, cantan las aves,
y altivas nubes el aire rasgan.

¡Adiós, salones aristocráticos,
pulidos hombres, frívolas damas . . . !
¡Cómo a réirme voy de vosotros
desde la cumbre de la montaña!

LA ROMERIA A KEVLAAR

I

Apoyada al balcón está la madre;
yace el hijo en el lecho del dolor.
— « Levántate, Guillermo, ven y mira
pasar la procesión ».

— Tan enfermo me siento, pobre madre,
que ya en mí hasta la vista se extinguió . . .
De pensar en mi pobre Margarita
me duele el corazón.

— « Levántate, a Kevlaar iremos; toma
el rosario y el libro del Señor;
su Santísima Madre ha de curarte
el triste corazón ».

Y ondean los pendones de la iglesia,
y se oye de los salmos el clamor;
es a Colonia, la del Rin señora,
que va la procesión.

La densa multitud la madre sigue,
el mancebo infeliz va de ella en pos,
y ambos diciendo van: « Bendita seas,
¡oh, Madre del Señor! ».

II

Hoy en Kevlaar, la celestial Señora
viste el traje más bello;
hoy tiene mucho a que atender, pues vienen
infinitos enfermos.

A manera de votos, los que sufren,
llevan al templo santo
pies y manos de cera y otros miembros
que desean ver sanos.

Con un cirio bendito hace la madre
un corazón de cera:
— « Llévaselo, y la Virgen, hijo mío,
calmará tu honda pena ».

La ofrenda lleva, suspirando, el hijo,
ante la imagen santa,
y sumergido en lágrimas, del pecho
exhala estas palabras:

« ¡Oh, Virgen pura y limpia,
oh, Madre del Señor,
oh, Reina de los cielos,
atiende a mi dolor!

Yo en la ciudad bendita de Colonia,
con mi madre vivía;
allí do tantos templos se levantan
a tu gloria, ¡oh, María!

Habitaba mi amor junto a nosotros,
y hoy yace muerta y fría . . .
¡Madre, acoge mi voto, y calma el duelo
de la pobre alma mía!

La herida sana de mi pecho abierto,
y diré noche y día
con honda gratitud: ¡Bendita seas!
¡Dios te salve, María! ».

III

El hijo enfermo y la doliente madre
en la estancia dormían,
cuando en esto la Virgen entró en ella
con pisada furtiva.

Sobre el enfermo se inclinó, callada,
y su mano divina
le apoyó sobre el pecho, sonriendo
con celeste sonrisa.

La madre fiel que lo miraba todo
en sueños sumergida,
despertó al clamoreo de los canes
que aullaban y gemían.

Rígido sobre el lecho, el hijo amado
reposaba sin vida,
y el rayo purpurino de la aurora
jugaba en sus mejillas.

La madre con unción juntó las manos,
sin saber lo que hacía,
y dijo con fervor: ¡Bendita seas!
¡Dios te salve, María!

EL PASTORCILLO

Es un rey el pastorcillo:
el verde monte es su trono,
y el sol que brilla en su frente
es su corona de oro.

Son vasallos sus corderos;
y aves, y vacas, y toros,
con su canto y sus esquilas
componen su regio coro.

Y se duerme el rey tranquilo,
al arrullo melodioso
del torrente y de las ramas
de los altos sicomoros.

Mientras duerme, empuña el cetro
su ministro, el bravo dogo
cuyos vibrantes ladridos
resuenan en el contorno.

Y el rey, despertando, exclama:
« ¡Ay, qué pesado es el trono!
Ya en mi hogar, junto a mi reina
quisiera estar de retorno.

Que de mi reina en los brazos
 halla mi frente reposo,
 y se dilata mi imperio
 en sus bellísimos ojos ».

EL CREPUSCULO DE LOS DIOSSES

(*Götterdämmerung*).

Ya viene Mayo con su luz dorada,
 su balsámica brisa y sus aromas;
 ya nos saluda amigo
 desde el cáliz azul de las violetas
 y el seno de los cándidos capullos;
 ya tendido a lo largo
 sobre la verde y florecida alfombra,
 en sol bañado y matinal rocío,
 convida a los mortales
 a su festín de amores;
 la muchedumbre tímida obedece
 a su primer reclamo;
 visten los hombres estivales ropas
 e inmaculado lino las mujeres;
 los jóvenes se adornan; las doncellas
 le dan al corazón mayor ensanche;
 se arman los vates de cartera y numen,
 y la ondulante multitud se lanza
 a los mullidos céspedes
 a contemplar la hermosa maravilla
 del rápido brotar de los retoños,
 a jugar con las pintadas flores,
 y a escuchar los gorjeos de las aves,
 lanzando exclamaciones de alegría
 a la cerúlea bóveda del cielo.

Vino también a mí; llamó tres veces
 a mi puerta, diciendo:
 « Mayo soy; abre, ven, quiero besarte,
 pálido soñador ». Mas yo el cerrojo
 corrí y le dije desde adentro: En vano
 pretendes engañarme, ¡oh, falso huésped!

Bien te conozco; a fondo, la estructura
del mundo he penetrado; huyó mi dicha,
y eterna angustia el corazón me oprime.
Miro a través de su envoltura pétreo
las almas y mansiones de los hombres,
y en ellas sólo encuentro
engaños y miserias y mentira.
Yo sé leer en los semblantes todos
los pensamientos malos: en el púdico
rubor de la doncella, ocultos miro
los deseos temblar; en la inspirada,
altiva sien del entusiasta joven
los cascabeles del bufón advierto;
no alcanzo a ver sino fantasmas lívidos
y horribles sombras que la tierra cruzan;
e ignoro ciertamente
si es hospital el mundo o manicomio.
Miro en el fondo de la antigua tierra,
cual si de vidrio fuera, los horrores
que con verdor amigo, en vano lucha
Mayo por encubrir. Miro los muertos
en sus angostas urnas, con las manos
sobre el pecho y los ojos dilatados;
blancos sus trajes son, blancos sus rostros,
y pálidos sus labios, do amarillos
gusanos hormiguean.
Miro al hijo, enlazado a su querida,
divirtiéndose alegre
sobre la tumba del difunto padre.
Trinos de burla el ruiseñor entona,
maliciosas las flores se sonríen,
se agita el padre muerto en su sepulcro,
y tiembla de dolor la madre tierra.
¡Pobre tierra! ¡Conozco tus dolores,
el fuego miro arder en tus entrañas,
tus mil arterias desangrarse miro,
e impetuoso brotar de tus heridas
un torrente de llamas, y humo y sangre!
Miro tus fieros, gigantescos hijos,
tus razas primitivas, de los antros

surgir, seguidos de horrorosos duendes,
y blandiendo en las manos rojas teas,
levantar sus altísimas escalas
y emprender el asalto de los cielos.
Trepando a las estrellas, en pedazos
y en polvo las despeñan al abismo;
con sacrílegas manos entreabren
de la tienda de Dios la áurea cortina;
y gimiendo de angustia,
las angélicas huestes dan en tierra
con la frente en el polvo.
En su trono el Dios pálido sentado,
se arranca de las sienes la corona,
viendo que se aproxima
cada vez más y más la horrible turba.
Sus encendidas teas los gigantes
arrojan en el vasto firmamento;
con flamígeros látigos los duendes
azotan las espaldas de los ángeles
que en el sueño se tuercen de agonía;
y entre ellos, ¡oh, dolor! allí contemplo
el ángel mío, con sus dulces formas
y sus cabellos de oro,
con el eterno amor sobre sus labios,
y el fulgor de la gloria en sus pupilas.
Un endriago repugnante y negro
la alza del suelo; con sonrisa infame
sus formas nobilísimas contempla
y entre sus brazos con ardor la oprime . . .
¡Un grito agudo resonó en los aires,
que vibró en la extensión del Universo:
cedieron sus columnas; cielo y tierra
se desplomaron, y la vieja noche
estableció su imperio sobre el mundo!

EL CUERVO'

(1887)

(*The Raven*. Edgar Allan Poe. Traducción directa).

I Seguimos fielmente la primera edición fechada el 1° de abril de 1887 en Nueva York, "*La América*" Publishing Co., Copyright by E. P. Dutton & Co., Press of J. J. Little & Co.

EL CUERVO

Al literato, diplomático y amigo distinguidísimo
Don Miguel Velazco y Velazco, dedica esta
versión castellana de "El Cuervo" de Edgar A.
Poe, el traductor.

New, York, 1º de Abril de 1887.

Una fosca media noche, cuando en tristes reflexiones,
sobre más de un raro infolio de olvidados cronicones
inclinaba soñoliento la cabeza, de repente
a mi puerta oí llamar;
como si alguien, suavemente, se pusiese con incierta
mano tímida a tocar:
« ¡Es — me dije — una visita que llamando está a mi puerta:
eso es todo, y nada más! ».

¡Ah! bien claro lo recuerdo: era el crudo mes del hielo,
y su espectro cada brasa moribunda enviaba al suelo.
Cuán ansioso el nuevo día deseaba, en la lectura
procurando en vano hallar
tregua a la honda desventura de la muerta Leonora,
la radiante, la sin par
virgen rara a quien Leonora los querubés llaman, hora
ya sin nombre . . . ¡nunca más!

Y el crujido triste, incierto, de las rojas colgaduras
me aterraba, me llenaba de fantásticas pavuras,

de tal modo que el latido de mi pecho palpitante
procurando dominar,
« ¡Es, sin duda, un visitante — repetía con instancia —
que a mi alcoba quiere entrar:
un tardío visitante a las puertas de mi estancia . . . ,
eso es todo, y nada más! ».

Poco a poco, fuerza y bríos fue mi espíritu cobrando:
« Caballero, dije, o dama: mil perdones os demando;
mas, el caso es que dormía, y con tanta gentileza
me vinisteis a llamar,
y con tal delicadeza y tan tímida constancia
os pusisteis a tocar,
que no oí », dije, y las puertas abrí al punto de mi estancia:
¡sombras sólo y . . . nada más!

Mudo, trémulo, en la sombra por mirar haciendo empeños,
quedé allí — cual antes nadie los soñó — forjando sueños;
mas profundo era el silencio, y la calma no acusaba
ruido alguno . . . , resonar
sólo un nombre se escuchaba que en voz baja a aquella hora
yo me puse a murmurar,
y que el eco repetía como un soplo: ¡Leonora . . . !
Esto apenas, ¡nada más!

A mi alcoba retornando con el alma en turbulencia,
pronto oí llamar de nuevo, esta vez con más violencia:
« De seguro — dije — es algo que se posa en mi persiana;
pues, veamos de encontrar
la razón abierta y llana de este caso raro y serio,
y el enigma averiguar:
¡Corazón, calma un instante, y aclaremos el misterio . . . :
es el viento, y nada más! ».

La ventana abrí, y con rítmico aleteo y garbo extraño,
entró un cuervo majestuoso de la sacra edad de antaño.
Sin pararse ni un instante ni señales dar de susto,
con aspecto señorial,

fue a posarse sobre un busto de Minerva que ornamenta
de mi puerta el cabezal;
sobre el busto que de Palas la figura representa
fue y posóse, y ¡nada más!

Trocó entonces el negro pájaro en sonrisas mi tristeza
con su grave, torva y seria, decorosa gentileza;
y le dije: « Aunque la cresta calva llevas, de seguro
no eres cuervo nocturnal,
¡viejo, infausto cuervo oscuro vagabundo en la tiniebla . . . !
Dime, ¿cuál tu nombre, cuál,
en el reino plutoniano de la noche y de la niebla . . . ? ».
Dijo el cuervo: « ¡Nunca más! ».

Asombrado quedé oyendo así hablar al avechucho,
si bien su árida respuesta no expresaba poco o mucho;
pues preciso es convengamos en que nunca hubo criatura
que lograrse contemplar
ave alguna en la moldura de su puerta encaramada,
ave o bruto reposar
sobre efigie en la cornisa de su puerta, cincelada,
con tal nombre: « Nunca más ».

Mas el cuervo fijo, inmóvil, en la grave efigie aquella,
sólo dijo esa palabra, cual si su alma fuese en ella
vinculada, ni una pluma sacudía, ni un acento
se le oía pronunciar . . .

Dije entonces al momento: « Ya otros antes se han marchado,
y la aurora al despuntar,
él también se irá volando cual mis sueños han volado ».
Dijo el cuervo: « ¡Nunca más! ».

Por respuesta tan abrupta como justa sorprendido,
« no hay ya duda alguna — dije —, lo que dice es aprendido;
aprendido de algún amo desdichoso a quien la suerte
persiguiera sin cesar,
persiguiera hasta la muerte, hasta el punto de, en su duelo,
sus canciones terminar
y el clamor de su esperanza con el triste ritornelo
de: ¡Jamás, y nunca más! ».

Mas el cuervo provocando mi alma triste a la sonrisa,
 mi sillón rodé hasta el frente de ave y busto y de cornisa;
 luégo, hundiéndome en la seda, fantasía y fantasía
 dime entonces a juntar,
 por saber qué pretendía aquel pájaro ominoso
 de un pasado inmemorial,
 aquel hosco, torvo, infausto, cuervo lúgubre y odioso
 al graznar: « ¡Nunca jamás! ».

Quedé aquesto investigando frente al cuervo, en honda calma,
 cuyos ojos encendidos me abrasaban pecho y alma.
 Esto y más — sobre cojines reclinado — con anhelo
 me empeñaba en descifrar,
 sobre el rojo terciopelo do imprimía viva huella
 luminosa mi fanal,
 terciopelo cuya púrpura ¡ay! jamás volverá ella
 a oprimir, ¡ah, nunca más!

Parecióme el aire, entonces, por incógnito incensario
 que un querube columpiase de mi alcoba en el santuario,
 perfumado. « ¡Miserable ser — me dije — Dios te ha oído,
 y por medio angelical,
 tregua, tregua y el olvido del recuerdo de Leonora
 te ha venido hoy a brindar:
 bebe, bebe ese nepente, y así todo olvida ahora! ».
 Dijo el cuervo: « ¡Nunca más! ».

« ¡Oh, Profeta — dije — o duende!, mas profeta al fin, ya seas
 ave o diablo, ya te envíe la tormenta, ya te veas
 por los ábregos barrido a esta playa, desolado
 pero intrépido, a este hogar
 por los males devastado, dime, dime, te lo imploro:
 ¿Llegaré jamás a hallar
 algún bálsamo o consuelo para el mal que triste lloro? ».
 Dijo el cuervo: « ¡Nunca más! ».

« ¡Oh, Profeta — dije — o diablo! Por ese ancho, combo velo
 de zafir que nos cobija, por el sumo Dios del cielo
 a quien ambos adoramos, dile a esta alma dolorida,
 presa infausta del pesar,

si jamás en otra vida la doncella arrobadora
a mi seno he de estrechar,
la alma virgen a quien llaman los arcángeles Leonora . . . ».
Dijo el cuervo: « ¡Nunca más! ».

« ¡Esa voz, oh cuervo, sea la señal de la partida
— grité alzándome —, retorna, vuelve a tu hórrida guarida,
la plutónica ribera de la noche y de la bruma . . . !
¡De tu horrenda falsedad
en memoria, ni una pluma dejes, negra! ¡El busto deja!
¡Deja en paz mi soledad!
¡Quita el pico de mi pecho! ¡De mi umbral tu forma aleja . . . ! ».
Dijo el cuervo: « ¡Nunca más! ».

¡Y aún el cuervo inmóvil, fijo, sigue fijo en la escultura,
sobre el busto que ornamenta de mi puerta la moldura . . . ,
y sus ojos son los ojos de un demonio que, durmiendo,
las visiones ve del mal;
y la luz sobre él cayendo, sobre el suelo arroja trunca
su ancha sombra funeral;
y mi alma de esa sombra que en el suelo flota . . . , nunca
se alzaré . . . , nunca jamás!

OTRAS TRADUCCIONES

A D I O S

(R: 10)¹

(*De N. Lenau*).

¡Como un mar insondable de alegría
me inundaba aquel día
de su dulce mirada el rayo intenso,
y en aquel hondo mar azul e inmenso
ahogué por siempre la ventura mía!

TRES SONETOS

(R: 30)

(*De Shakespeare*).

I

Ya de todo cansado,
invoco de la muerte
el eternal reposo,
que por mi daño veo
el mérito nacer en la miseria
y entre dichas sin fin las nulidades;

1 Indicamos con iniciales *R* o *E*, y el número respectivo la posición de cada una de estas traducciones en *Ritmos* y en *Estrofas*.

violada indignamente
la fe sencilla y pura,
y la dorada honra
puesta, para ignominia,
donde estar no debiera;
la virginal pureza envilecida
por la brutal pasión, y la intachable
limpia virtud en deshonor tornada;
observo que un poder inconsistente
paraliza la fuerza;
que amordaza al saber el despotismo;
que la locura, presumiendo ciencia,
al talento esclaviza, que se toma
por simpleza no más, la ingenua y noble
lealtad; que el Bien, cautivo,
sirve al Mal, su Señor; y pues tal veo,
desparecer quisiera de este mundo,
si al morir no temiera
dejar en soledad desventurada
al ser objeto de mi amor profundo.

II

No hay nada que se oponga
al simpático abrazo de las almas.
No es amor el amor que desconcierta
un cambio pasajero, ni el que, duro,
paga con un desvío otro desvío.
¡Oh, no, faro inmutable
es el amor del alma, que contempla
las borrascas pasar sin conmoverse;
fija estrella guiadora
de toda nave que sin rumbo vaga;
astro luciente cuya altura mídese,
cuya fiel entidad es un misterio!
No es del tiempo juguete,
por más que éste destruya
con su corva guadaña
róseas mejillas y purpúreos labios;

no cambia con las horas
ni los fugaces días;
¡no, que ha de ser el mismo,
siempre el mismo hasta el fin de las edades . . . !
¡Si es este juicio falso,
si lo desmiente mi existencia triste,
mi sufrimiento impío,
jamás sentí el amor, jamás tampoco
lo llegó a comprender el pecho mío!

III

¡Pobre alma, centro de mi inmundo barro,
juguete de la carne
que, indócil, te aprisiona!
¿Por qué así languideces escondida,
y silenciosa y triste te consumes
tan brilladoras galas ostentando
en tus externos muros?

¿Por qué haces, dime, tan enormes gastos
en un viejo edificio
que en ruinas se desploma . . . ?
¿Por ventura el gusano
de ese lujo heredero,
podrá roer dispendios semejantes . . . ?
¿Es tu término, acaso,
el fin de la materia . . . ?
No, alma; vive a expensas de tu siervo,
deja que se extenúe
para acrecer tu espléndido tesoro;
adquiere la divina
eternidad en cambio
de efímeros placeres;
internamente adórnate
y no más engalanes
el exterior gastado.

¡Obrando de ese modo,
tomarás alimento de la muerte
que, a su vez, de los hombres se alimenta;
y aniquilada, al fin, la muerte misma,
con vuelo alto y sereno,
te alzarás inmortal de entre su seno!

LA MALDICION DEL BARDO

(E: 44 - R: 35)

(*De Uhland*).

Allá, en antiguos tiempos, alzábase un castillo
tan alto y majestuoso que en toda la comarca
y sobre el mar de záfiro
campeaba sin rival;
en torno lo ceñían fantásticos jardines
do flores mil brotaban de mágicos aromas
y fuentecillas diáfanas
de rítmico raudal.

En él un Rey habita, Señor de muchas tierras,
de espíritu sombrío, de tétrico semblante
como el nublado lúgubre
del rayo precursor;
tirano a cuya vista se inmutan sus vasallos,
que horror es lo que piensa y es sangre lo que escribe
y su palabra es látigo,
y su mirar furor.

Un día, a aquel castillo dos bardos se dirigen;
ostenta el uno bucles de oro sobre el cuello,
el otro, larga y cándida
melena al aire da.
Cabalga el anciano llevando en bandolera
la cítara sonora, y a pie, risueño y ágil,
el mozo, a pasos rápidos,
al lado suyo va:

El viejo dice al joven: « Prepárate, hijo mío,
recuerda tus canciones más dulces y al cantarlas,
la magia toda imprímeles
de la armoniosa ley;
llama en tu auxilio todas las fuerzas: la esperanza,
la dicha y la amargura, que hoy ablandar debemos
el corazón granítico
de nuestro duro Rey ».

En sala que sustenta marmórea columnata,
en breve los cantores se encuentran. En el trono
se ostenta el fiero déspota
con su consorte fiel.
Magnífico el Rey brilla, como sanguínea aurora
de las boreales noches: la Reina, dulce y bella,
como la luna pálida
bajo el azul dosel.

Pulsa el anciano entonces las vibradoras cuerdas,
y cada vez más ricas, más llenas, más sonoras,
vienen sus notas mágicas
a herir el corazón;
de pronto, estalla, pura, la clara voz del joven,
y unida a la del viejo, semeja aquel conjunto
de celestiales músicas
armónica explosión.

Cantaron los amores, la paz, la primavera,
los venturosos días de los dorados tiempos,
las glorias del espíritu,
la fe, la libertad.
A todas las ternuras que el corazón conmueven,
a todas las grandezas que el ánimo levantan,
alzáronse sus cánticos
en dulce majestad.

Los viles palaciegos olvidan el escarnio,
del Rey los insolentes, indómitos guerreros,
la frente bajan, húmeda,
pensando en el Señor;

la Reina, en un arranque de tierna simpatía,
desprende de su seno la rosa que lo adorna,
y entusiasmada, envíala
sonriendo al trovador.

Temblando de coraje, levántase el tirano:
« Mi pueblo has conmovido, prorrumpe furibundo,
y, a más, pretendes, pérfido,
mi esposa seducir ».
La fuerte espada blande y el pecho le atraviesa,
y allí, de donde tanta canción se deslizara,
la sangre, en ondas trémulas,
fatal, se ve surgir.

Como del rayo heridos los cortesanos quedan
y en brazos del anciano maestro rinde el joven
con sus postreros hábitos
su espíritu inmortal.
Entonces el maestro lo cubre con su manto,
lo afirma sobre el potro, callado, y se retira
llevando a paso fúnebre,
del diestro al animal.

Sale, y frente a la puerta, severo, se detiene;
descuelga de la espalda la cítara armoniosa,
aquella dulce cítara,
cual otra no se vio;
contra una de las altas columnas la revienta,
e irguiéndose, implacable, con voz atronadora
que, ronca, por los ámbitos
del parque resonó:

« ¡Maldito sé, castillo, maldito seas — dice —
jamás bajo tus arcos, jamás a oírse vuelva
de cuerdas ni de cánticos
el plácido rumor;
jamás, sólo resuenen gemidos y cadenas,
hasta que, justo, a ruinas y a polvo te reduzca
de las eternas cóleras
el Genio vengador! ».

« ¡Malditos sed, jardines que el sol de mayo dora!
¡Mirad este cadáver que, gélido, os presento,
mirad su rostro pálido
su frente angelical!
¡Miradlo, y baje un rayo del cielo a consumiros,
que seque vuestras fuentes, y, en días venideros,
os torne en campos áridos
y en lóbrego erial! ».

« ¡Y tú, maldito seas, azote de los bardos,
y nulas tus hazañas se tornen, y tus luchas
por alcanzar fatídicos
laureles sin honor!
¡Y hundida en noche eterna tu tétrica memoria,
como postrer aliento perdido en los espacios,
en el recuerdo extíngase
tu nombre y tu esplendor! ».

Dice, y los altos cielos escuchan su palabra;
los muros se desploman con ímpetu tremendo,
y aquel palacio mágico
se ve desaparecer;
tan sólo una columna resiste a la ruina,
del esplendor pasado testigo silencioso
que por la noche lóbrega
también ha de caer;

en yermos se convierten los plácidos jardines,
sin árboles que sombra le brinden al viajero,
ni fuentecillas diáfanas
de rítmico rumor.
Ni libros ni cantares al déspota mencionan.
¡Hundido y olvidado por siempre! Así cumpliósese
la maldición profética
del infeliz cantor.

MIS OCHO AÑOS

(E: 50 - R: 39)

(*D'Abreu*).*¡Oh! ¡Printemps! ¡Aurores!*

V. HUGO.

¡Oh, qué recuerdos tan dulces
los del alba de mi vida,
los de mi infancia querida
que jamás ha de tornar!
¡Qué amor, qué sueños, qué flores,
en aquellas tardes calmas,
a la sombra de las palmas,
o en el verde limonar!

¡Qué bellos son esos días
del nacer de la existencia!
¡Respira el alma inocencia
como perfumes la flor;
el mar es lago sereno,
el cielo un manto azulado,
el mundo, un sueño dorado,
la vida, un himno de amor!

¡Qué auroras, qué sol, qué juegos,
qué noches de melodía!
¡Y aquella dulce alegría
y aquel tranquilo gozar . . . !
¡Lleno de estrellas el cielo,
la tierra de aromas llena,
el mar besando la arena,
la luna besando el mar . . . !

¡Oh, mi infancia, mis recuerdos,
mi cielo de primavera!
¡Cuán dulce la vida era
a la luz de aquel albor!

¡En vez de estas amarguras,
hallaba en esas delicias
de mi madre las caricias
y de mi hermana el amor!

¡Por mis altivas montañas
discurría satisfecho,
descubierto al aire el pecho
y desnudo el breve pie;
corriendo, feliz, en torno
de las cascadas ruidosas,
detrás de las mariposas
que más siempre juzgué!

¡En esos tiempos dichosos
a los árboles trepaba,
y horas enteras vagaba
por la orilla de la mar;
rezaba al Ave-María,
y el cielo, su azul luciendo,
me vía al dormir riendo
y cantando al despertar!

¡Oh, qué recuerdos tan dulces
los del alba de mi vida,
los de mi infancia querida
que jamás han de tornar . . . !
¡Qué amor, qué sueños, qué flores,
en aquellas tardes calmas,
a la sombra de las palmas,
o en el verde limonar!

SUPLICA

(E: 47 - R: 41)

(De Lenau).

Miradme bien, negros ojos,
vuestro poder emplead,
serena, blanda, insondable
noche de dulce soñar!

¡Con vuestra mágica sombra
de mí este mundo apartad,
y, sola, sobre mi vida
cerníos siempre jamás!

LA PRIMERA PIEDRA

(E: 41 - R: 45)

(Del alemán).

¡No sentenciéis jamás al que en el lodo
del pecado cayó;
que débil es el hombre y, sobre todo,
fuerte la tentación . . . !
¡Tal vez nada os ha hecho en la existencia
con el mundo romper;
quizá la dicha que la suerte os diera
os impidió caer . . . ;
no arrojéis nunca la primera piedra!

¡Habéis en vuestras horas de amargura
probado alguna vez,
al recio golpe de una afrenta impura,
emponzoñada hiel?

¿El martirio fatal de la miseria
nunca os hizo sufrir?
¿De un tirano crüel la planta férrea
llegasteis a sentir . . . ?
¡No arrojéis nunca la primera piedra!

La culpa veis: mas nunca del culpable
calculáis el dolor.
¿Habéis de ese infeliz imperdonable
bajado al corazón . . . ?
Pecó, pero también en su miseria
ha debido llorar.
Cayó, pero ¿sabéis con cuantas fuerzas
ha debido luchar . . . ?
¡No arrojéis nunca la primera piedra!

¡Todo socorro en su existencia insana
negadle si queréis . . . !
¡Hasta la misma compasión cristiana
negádsela también;
dejad sólo con Dios y su conciencia
al pobre pecador;
pero sobre su mísera cabeza
que doblégó el dolor,
no arrojéis nunca la primera piedra!

¡Pensad que Dios tendrá los ojos fijos
en vuestra hazaña vil,
y puede herir la piedra a vuestros hijos!
Y al tener que subir
ante el trono de Aquél cuya clemencia
no se agota jamás,
« ¿Quién os hizo — os dirá con voz severa —
jueces de los demás . . . ? ».
¡No arrojéis nunca la primera piedra!

Quando con muestras de dolor profundo,
cayó la esposa infiel
ante los pies del Redentor del Mundo;

cuando Jesús, al ver
ardiendo en saña vil la turba inquieta,
su fallo pronunció,
¿quién fue el que quiso ejecutar la pena . . . ,
quién fue el que se atrevió . . . ?
¡No arrojéis nunca la primera piedra!

EL CIELO EN LA TIERRA

(E: 42 - R: 49)

(*Del alemán*).

Una callada noche en que la luna
su blanca faz en el espacio alzaba,
triste, una joven por el campo erraba
transida de dolor;
pues cuando alegre el corazón vestía
con las de amor encantadoras galas,
el ángel de la muerte, entre sus alas,
le arrebató su amor.

Y cada vez que al cielo dirigía
los ojos empañados por el llanto,
hundíase de nuevo en su quebranto
y tornaba a llorar.
« ¡Si pudiera — decía — remontarme
a la mansión de la suprema calma!
¡Allí do está el amado de mi alma
si pudiera volar!

Alivia, hermoso cielo, mi amargura,
escucha mi plegaria delirante,
y acércate a la tierra un solo instante
para juntarme a él! ».
Así triste decía cuando cerca
vio las aguas brillar de una laguna
cuyo cristal la silenciosa luna
retrataba fiel;

y al ver lucir del cielo, entre las ondas,
el pabellón flotante de zafiro
y de los astros en eterno giro
la reflejada luz,
cual tiembla sobre tímida violeta
la gota de rocío, así tranquila,
una lágrima pura en su pupila
brilló de gratitud.

« Gracias, oh cielo — dijo — porque oíste
mi férvida plegaria de amargura . . .
¡Mundo falaz, adiós, adiós impura
morada del dolor . . . ! ».
Y se lanzó a las ondas cristalinas
que de su adiós el eco modularon
y entre murmurios suaves la llevaron
al cielo de su amor.

EL HIJO DE LA PENA

(E: 43 - R: 53)

(*De Herder*).

Cabe la margen fría
de un arroyuelo, en soñadora calma,
la Pena estaba un día;
y en medio de los vagos pensamientos
que agitaban su alma,
jugando con la tierra humedecida,
modeló, distraída,
la figura de un niño . . .
Acercóse a la diosa el Rey del cielo,
y con voz de cariño:
« ¿Qué haces — preguntóla —
pensativa Deidad, tan triste y sola? ».

« Mira y oye mi ruego, le contesta
 la Diosa de las lágrimas, de lodo
 han formado, Señor, mis manos esta
 imagen; tú, que todo
 lo puedes, dale aliento,
 y espíritu, y calor, y pensamiento . . . ».
 « ¡Cúmplase tu deseo: viva! » dijo
 Júpiter poderoso, « y desde ahora
 esa criatura es mía ».
 « No me arrebates, no, mi pobre hijo »,
 con suplicante voz, la Pena implora.
 — « Tú sabes, oh, Señor, que lo he formado
 con maternal cuidado . . . ».
 — « Y yo le di el calor de la existencia
 sin lo cual sólo fuera inerte lodo ».

Hablaban de ese modo
 cuando llegó la Tierra
 y dijo: « Es mío, a mí me pertenece,
 pues se formó ese niño
 de la sustancia que mi seno encierra . . . ».
 « ¡Esperad, dice Jove, allí aparece
 un Juez que todo lo decide: vedlo! ».
 Y se acercó Saturno,
 y contemplando al niño disputado,
 habló de esta manera: « Poseedlo
 todos a vuestro turno;
 así lo ha decretado
 en su hondos arcanos el Destino . . .
 Tú, poderoso Dios que lo animaste,
 toma, al morir, su espíritu divino;
 tú, Tierra, sus despojos
 ve a recoger entre la tumba oscura
 cuando el sueño eternal cierre sus ojos;
 y tú, su madre, oh Pena,
 consérvale a tu lado mientras dura
 en él la ardiente llama de la vida . . .

¡Ese es tu hijo, y de congojas llena
la existencia, cual tú, llevará unida
al rudo sufrimiento
hasta rendir el postrimer aliento . . . ! ».

Fue el hombre aquella hechura,
y a la letra cumpliése el fallo adverso:
¡en vida pertenece a la amargura,
muerto, a la tierra impura,
y espíritu, al que rige el universo!

SU LECHO

(E: 49 - R: 57)

(De Ferreira).

Su lecho es blanco, más blanco
que las alas de un querube;
está junto al oratorio
de do su alma al cielo sube.

Hay siempre en aquel ambiente
un perfume de los cielos,
un sueño, un beso, un suspiro,
un leve indicio de celos.

En aquella casta alcoba,
nido de amor y esperanza,
hay algo de santo y puro
que el labio a expresar no alcanza.

Allí va ella, soñando,
a sofocar su dolor.
A leer las cándidas hojas
de su poema, el amor.

Y solloza — es un secreto
que devora solitaria . . . —
y los ángeles reciben
su llanto, y Dios su plegaria.

Las colgaduras entreabre,
contempla un momento el lecho,
mira a los santos, y besa
la cruz que lleva en el pecho.

Desata luego las trenzas,
desprende las ropas blandas,
desnuda el pie de alabastro
y se sumerge entre holandas.

Así entre nubes se oculta
del alba la estrella hermosa,
y entre su concha la perla
y en la flor la mariposa.

¡Silencio, duerme . . . en su frente
irradia un sueño de luz,
y mientras duerme la ampara
su Jesucristo en la Cruz!

LOS TRES AMORES

(E: 45 - R: 59)

(*De Uhland*).

A las orillas del Rin undoso
hay una pobre, vieja hostería,
y allí, en alegre tropel ruidoso,
los tres amigos fueron un día.

— « Ea, pàtrona, vengan los vinos,
y de lo puro, pues sed tenemos . . .
Mas . . . ¿dónde guardas la niña, dinos,
tu hermosa hija, que no la vemos? ».

— « Catad el vino, dice llorosa,
que es de lo añejo. ¿De ella me hablasteis . . . ?
En la mortuoria urna reposa
mi pobre hija que tanto amasteis ».

Del rayo heridos, a la otra sala
entran, do se alza negro ataúd
en cuyo seno la niña exhala
su último aroma de juventud.

A contemplarla llega el primero,
y alzando el velo que la cubría,
— « ¡Ah, si aún vivieras, dice sincero,
desde hoy, oh virgen, te adoraría! »

Caer el velo deja el segundo,
se aleja, y dice bañado en llanto:
— « ¿Por qué te fuiste, niña, del mundo . . . ?
¡Ay, sin saberlo, te amaba tanto! ».

Llega el tercero y aparta el velo,
le besa el labio lívido ya:
« Te amé, te amo, dice, y al cielo
mi amor eterno te seguirá ».

R U I N A S

(R : 61)

Fragmento del poema "A morte de D. Joao".

De Guerra Junqueiro.

Era una noche pavorosa, oscura,
de esas noches de horror que Dios mandaba
sobre la ruin generación esclava
de un siglo por su cólera maldito.
La gran ciudad, la meretriz impura,
reposaba en su lecho de granito,
el lecho colosal de mil orgías . . .

Y el rugido del viento resonaba
cual resonaba, airada, en otros días
la férrea voz del lírico Isaias.
Es la hora en que los sueños pavorosos,
como fetos siniestros, monstruosos,
en el seno se mueven
de la nocturna soledad funesta,
y las tímidas almas se conmueven
y gimen doloridas
como trémulas vírgenes perdidas
en la honda oscuridad de la floresta;
hora fatal en que germina y crece,
y espígase y florece
la cosecha del mal que el mal insano
siembra en el pecho humano.
En el hondo silencio del hospicio
arde la flor del vicio,
llora la flor de los acerbos llantos,
y los enfermos ven en su agonía,
desfilan por su loca fantasía
la nocturna legión de los espantos.
En las plazas desiertas
miles de luces, trémulas, inciertas,
vacilan como antorchas sepulcrales
como si por las calles solitarias
cruzasen procesiones funerarias
para aplacar la ira de los males;
mas en aquel mutismo
se siente un sordo fermentar de abismo,
un estremecimiento no explicado . . .
La convulsión, el palpitar latente
de Mesalina lúbrica que siente
bullir en sus entrañas el pecado.

Entre el mármóreo, funeral reposo,
cual horno ardiente de calor intenso,
se levanta febril, esplendoroso,
el lupanar inmenso.

Frente al lugar impuro
 destaca un templo su contorno oscuro,
 triste como un desierto,
 como un ejemplo, impávido y seguro.
 El vetusto portón bosteza abierto . . .
 Dentro, de todo el ámbito se adueña
 un silencio profundo, formidable,
 como un asceta lívido que sueña.
 En redor la tiniebla espesa y vasta,
 y al fondo un Cristo, pálido, inefable,
 de una tristeza luminosa y casta.
 Sobre las losas húmedas, impuras,
 cajones funerarios,
 olor de sepulturas,
 y entre las sombras tétricos sudarios.
 Algo secreto que explicar no puedo,
 un no sé qué de trágico y sombrío,
 llena el aire: los ojos tienen miedo,
 las almas tienen frío,
 y de la oscura bóveda pendiente,
 triste, vaga, perdida,
 se columpia la lámpara doliente
 cual lágrima de sangre suspendida.

El Poeta (arrojándose delante del altar).

¡Oh, espíritu inmortal, honda miseria . . . !
 ¡Y decir que un pedazo de materia
 gentil y crapulosa,
 pudo partir un beso lisonjero,
 de una caricia tierna,
 los resortes de acero
 de una alma valerosa!
 ¡Oh, espíritu inmortal, miseria eterna!
 Con cosas transparentes, fabulosas,
 con oro y luz, y pedrería y flores,
 levanté sobre nubes caprichosas
 un palacio de olímpicos amores,
 con ojivas caladas

por donde entrar pudiesen, brilladores,
los rayos de las rubias alboradas;
con erguidos, aéreos miradores
desde donde las almas inocentes,
como raudas bandadas
de cándidas palomas impacientes,
se confundían con ligero vuelo
en el azul purísimo del cielo;
con inmensas penumbras pensativas
y fantásticas torres fugitivas,
como las concepciones celestiales
que de la augusta Libertad encierra
en sus sueños de fiebre el sentimiento . . .

Y todo vino a tierra
al impulso del viento:

son así los castillos ideales
que edifica en la luz el pensamiento.

¡Y bajo aquellas lóbregas ruinas,
bajo de aquellas torres cristalinas
despeñadas al sopro del nordeste,
quedó mi pobre corazón herido
como si hubiera sobre mí caído
la zafirina bóveda celeste!

¡Oh, Jesucristo! ¡Oh, Sabio!

¡Para volar a la eternal ventura,
mataste sin piedad la flor del labio,
mataste la sonrisa alegre y pura . . . !

Si es cierto que eres vida y alegría,
Padre del desgraciado,
si tu mano de luz y de esperanza
sabe curar la lepra del pecado,
arranca esta pasión del alma mía
como se arranca el hierro de una lanza
del pecho de un soldado.

Mas ¿de qué sirves, dime, oh flor del cielo,
de qué me sirves tú si en este suelo
no probaste el amor que el cuerpo inflama,
si en este labio riguroso y triste
nunca en vida sentiste
de un beso sensual la ardiente llama . . . ?

(Levántase).

¡Un Dios cadáver, un cadáver frío!
¡De qué nos sirve un Dios triste y sombrío,
con labios sin rumor y ojos sin luz . . . !
¡Cómo habrá de amparar los desgraciados
el que los brazos lívidos clavados
tiene sobre una cruz!

(Siéntase sobre un ataúd. Silencio prolongado).

El escalpelo agudo, fatal, de la experiencia,
la luz del raciocinio, inextinguible y fría,
cegó por siempre el ojo de la alma Providencia,
dejó la excelsa bóveda caótica y vacía.

La crítica inflexible de nuestra decadencia
nególe el ser divino al hijo de María;
la fe me ha abandonado; la rígida conciencia
la ley respeta sólo de la honda geometría.

El tiempo, el gran gusano, ya carcomió la escala
por do Jacob, en noche de luminosa gala,
vio descender los ángeles de la radiosa esfera.

Y en el celeste lecho cerúleo, indefinido,
ha mucho que expirante dio el último gemido
el Dios Omnipotente, esa ideal quimera.

EL CABALLERO NOCTURNO

(E: 46 - R: 64)

(De Uhland).

En noche calma y sin luna
bajo mis rejas se planta
y entona con voz celeste
endechas en su guitarra.

¡Con el rival en seguida
cruza, valiente, la espada,
y chispean los aceros
y resuenan las murallas . . . !

¡Y hace, en fin, tantas proezas
de las que honran a las damas,
que en amor por el incógnito
el pecho mío se abrasa;

mas cuando a la reja, trémula,
me asomé al rayar el alba,
ay, no vi más que su sangre
por mi causa derramada!

MIO Y NO MIO

(E: 48 - R: 66)

(*De Vere*).

¡Ah, nunca, nunca mío . . . empero, mío
por siempre en vida y muerte!
Tal de los dos es el destino impío,
tal nuestra dura suerte.

Como refleja el mar, de orilla a orilla,
en ancho abrazo el cielo,
así el amor que me inspiraste brilla
en mi alma sin consuelo.

Lejos, lejos de mí, cual del oceano
lejos, lejos impera
de astro radiante y brillo soberano
la reflejada esfera.

TE E EU

(E: 52 - R: 67)

(Imitacao do hespanhol).

Eu sou o poeta, tu es a lyra,
eu sou a folhagem, tu o rouxinol,
eu sou a campina que o sol fecunda,
tu es o sol.

Eu soy a tristeza, tu es o sorriso,
eu sou a sede, tu o manantial,
eu sou a cabeça que pensa e sonha,
tu o ideal.

Eu sou a terra, tu es o céu,
eu sou o nevoeiro, tu es o clarão,
eu sou a culpa que a graça implora,
tu a redempção!

AS ONDINAS

(E: 51)

(De Heine).

Beijam as ondas a deserta praia,
brilha no céu a prateada lua,
e um donzel, sobre a areia reclinado,
sonha em horas de amor e de fortuna.

Entre leves espumas, as ondinas
saem do mar, fantasticas e puras,
e chegando-se ao joven, com receio,
olhando-se entre sí « dorme » murmuram.

Uma —mulher em fim — curiosa toca
da sua cimeira a fluctuante pluma,
outra levanta o rutilante escudo,
e o terno mote decifrar procura.

Esta, risonha, com olhar de fogo,
a limpa espada do donzel desnua,
e apoiando-se n'ella, o contempla
com extasis de amor e de ternura.

Aquella, em torno d'elle gira amante,
e olhando-o com paixao, meiga susurra:
¡Quao bello estás assim, oh fior da guerra!
¡Que não déra por ser amada tua . . . !

Uma aperta-lhe a mao, a leva aos labios,
imprime n'ella um beijo, a outra tem duvida . . .
Porém, cobrando animo, os vermelhos
labios do moço com os seus juncta.

Nao dorme o cavalleiro; sente-o tudo;
os olhos fecha, e o dormir simula,
e deixa-se beijar pelas Ondinas
aos alvos raios da pratedada lú.

Paris, 1876.

¡VENUS VICTRIX!

(La Venus de Milo).

(De Saint-Victor).

(. . . Volge sua sfera e beata si gode).

Divina Comedia. DANTE.

(*¡Salve Regina!*).

¡Bendito seas labrador heleno,
y bendita la azada
con que del hondo seno
de la tierra olvidada

la deidad arrancaste al mundo oculta
tras veinte siglos de ignorada fosa
do yaciera sepulta
la suspirada, vencedora diosa!

¡Merced a ti, la idea
de la belleza augusta y soberana,
con su fulgente, luminosa tea,
a iluminar volvió la mente humana;
y el mundo de la plástica, que había
casi olvidado el tipo de lo Bello,
volvió a encontrar su guía,
su Reina, ante la cual hoy dobla el cuello!

¡Cuánto altar en ruina!
¡Cuánto prestigio humano
resuelto en humo vano
ante su sola aparición divina . . . !
Con el rostro en la tierra, desde el ara
los ídolos cayeron en el templo,
y las que fueron de hermosura ejemplo,
la de *Médicis* rara,
la radiante de luz del *Capitolio*
y la de *Arlés* serena, de su solio
bajaron a rendir pleito homenaje
a la reina dos veces victoriosa,
a la triunfante diosa
que al surgir de la tierra, en vasallaje
a todas las demás dejó en el mundo.

Y a negárselo, ¿quién se atrevería . . . ?
¿Cuándo, cuándo, decid, en tan profundo
abismo impenetrable de armonía
se aventuró jamás la fantasía . . . ?
¿Dónde está la criatura predilecta
del cielo que jamás recreó los ojos
en forma de pureza más perfecta?

(*¡Gratia plena!*).

¡Misterioso poder de la hermosura . . . !
 ¿Queréis del mundo impío los enojos
 y el engaño olvidar y la amargura . . . ?
 Vedla, miradla, contempladla en calma . . .
 ¡Ved sus cabellos ondulantes, suaves,
 con negligencia atados en dos graves
 trenzas que cortan la apacible frente
 en espejo luciente
 do se refleja el alma
 y la morada eterna
 del pensamiento olímpico, sublime . . . !
 Ved esos ojos, por la sombra tierna
 de las cuencas velados, que la externa
 ceguedad de los dioses les imprime;
 cuya mirada interna
 el mundo de las formas abandona,
 y recogiendo en fúlgido tesoro
 toda su luz, con ella en rayos de oro
 el invisible ser baña y corona.
 ¡Ved cómo, en línea recta,
 que es el rasgo feliz de la perfecta
 belleza, a la facción del alma asiento
 se junta la naríz de castas líneas,
 y cómo de aquel labio fino y puro
 cortado por el tenue claro-oscuro
 del superior se exhala el dulce aliento
 de las vidas eternas y virgíneas!
 La increada belleza,
 cual manantial de luz clara y fecunda
 nace de aquella divinal cabeza
 y en ondas de armonía el cuerpo inunda.

¡Del cuello recto y firme el soberano
 reposo de alta majestad no turba
 la que del cisne el escultor profano
 prestó a sus dioses ondulante curva!
 ¡Estrechos, por contraste,
 desarrollan los hombros la armonía

del inefable seno,
 digno de dar en opulento engaste
 molde a las copas del altar heleno;
 seno por siempre virgen, do podría
 el grupo de los hijos de Niobe
 libar sin deslustrarlo y que el agravio
 no recibió jamás de amante labio,
 ora de ser mortal, ora de Jove!

¡Mas, cese tu osadía,
 que pretender con impotente pluma
 describir la armonía,
 la perfección de la Belleza suma,
 absoluta y sublime,
 quizá, torpe, la ofenda y la lastime!

(Innominata).

¡La hermosura sublime es inefable;
 y para alzar, sin mengua,
 de lo debido al numen innombrable,
 ante su altar el himno de victoria,
 fuera de Homero y Sófocles la lengua
 única digna de tan alta gloria!
 ¡Qué sólo en la amplitud del ritmo heleno
 a lo profano ajeno
 y de lo puro norma,
 caber pudiera como en molde santo,
 la sacra perfección de aquella forma!

¡No! En la lengua profana
 ni hay palabra, ni acento que posea,
 ya en frase oral o melodioso canto,
 en donde presentar ante la idea
 la majestad tranquila y soberana
 de aquel mármol tres veces sacrosanto;
 ni la atracción que ejerce, temerosa,
 ni el tierno y magno a un tiempo, que revela,
 ideal en que el alma sube y vuela.

El rostro virginal de aquella diosa
 que en su cándida frente nada finge,
 es menos misterioso que el ambiguo
 semblante de la Esfinge
 del Universo antiguo;
 vista de un lado, suave,
 blando perfil ostenta;
 del otro el labio grave
 el contorno recoge y del enojo
 la desdeñosa oblicuidad ostenta
 como si el reto audaz lanzase el ojo . . .

(*Victrix*).

Mas, ¡ah, vedla de frente . . . ! ¡Su radiante
 rostro sereno sólo el triunfo expresa
 y el colmo de la dicha. Un solo instante
 duró la lucha: su gloriosa presa,
 su vasto imperio, al ascender del fondo
 del líquido zafir, de una mirada
 ha medido la reina victoriosa,
 Venus, la augusta, la invencible diosa!
 ¡Con sagrado temor felice y hondo
 divinos y mortales la rodilla
 inclinan ante su almo poderío . . . !
 ¡Ya la playa tocó; ya, sola, brilla
 de pie cabe la espuma
 en toda la extensión del horizonte
 sin rival ostentando al culto pío
 de la Belleza Suma
 su desnudez divina,
 casta, feliz, austera y peregrina . . . !
 Que no de Anacreonte
 es ella la ciprina
 deidad de los eróticos ardidés
 que blanda acoge, cual propicio y fausto
 en las impuras lides,
 de las aves de amor el holocausto.

(*Urania*).

¡Oh, no manchéis la fimbria de su veste
con semejante insania . . . !
¡Es la Venus Urania,
es la Venus Celeste . . . !
¡La siempre deseada, poseída
jamás! ¡Fuerte y eterna
cual la atracción generadora y tierna
de la cual es su ser numen sereno,
y absoluta y sin fin como la vida
cuyo fuego central lleva en su seno;
Venus, cuya sandalia
besa Platón divino cuando sueña
su ideal sin mancilla, y cuyo nombre
sirve de « santo y seña »
a aquel ser mitad numen, mitad hombre,
la víspera gloriosa de Farsalia!

(*Praxíteles*).

¡Praxíteles! ¡Borremos ese nombre
del zócalo sin mancha de la diosa!
¡El llenó del sensual amor del hombre
el mármol que de Fidias la grandiosa
inspiración bañara en lo divino . . . !
¡La llama es Ella que conserva y crea,
la que inspira la idea
de los heroicos hechos;
todo cuanto palpita
de noble y justo en los humanos pechos,
la chispa creadora,
la sublime molécula que agita
el barro terrenal de las pasiones,
la rauda luz de aurora
que, en la tiniebla de la mente humana,
nos revela y anima a las acciones
nobles y generosas, todo emana
de su inefable centro: la Belleza . . . !

¡Venus celeste y santa
en torno de la cual dejando rastros
de luz, gravitan rítmicos los astros,
y en curvas armoniosas de pureza,
gira el globo feliz bajo su planta!
¡Oh, no, del Parthenón contemporánea
y de prístino origen apolino,
es la sublime Venus coetánea
de las griegas deidades, a la vida
por concepción espiritual nacida!
No hay un átomo, uno,
de carne vil en la gloriosa y pura
piedra de donde brota su hermosura;
jamás modelo alguno
de humana criatura
sirvió de guía al venturoso artista
cuando al potente choque
del divino cincel surgió a su vista
la Belleza Ideal del duro bloque;
en aquella semblanza
ninguna semejanza
se refleja; aquel cuerpo en que se anuncia
la gracia por la fuerza revestida,
al surgir a la vida,
inmaterial generación denuncia;
que oriunda es del lejano tiempo histórico
cuando el arte escultórico
tan sólo producía,
en ideales, plásticos portentos,
tipos de perfección y de armonía
y eternos, inmortales pensamientos.

(Revelatrix).

¡Oh, diosa . . . , oh, luz! ¡Consolación del triste!
¡Gracias! ¡Un solo instante
a los ojos del hombre en el radiante
fulgor de tu verdad apareciste
y dado nos ha sido
contemplar esa luz de un tiempo ido . . . !

¡Tú has levantado un ángulo del manto
que el Edén nos velaba de la Grecia,
cuando al temprano sol del arte santo
el hombre a las entrañas de la recia
materia adormecida
arrancaba los dioses . . . ! ¿Qué avenida
de siglos, qué sendero
debiste recorrer, celeste Urania,
para así presentarte,
como feliz revelación del arte,
ante el cerebro humano,
después que el mismo Homero,
con olímpica insania,
tu augusta sombra deslizó en la artera
red en que sorprendiera
a la consorte adúltera Vulcano?
¿Y osaré yo, mezquino,
invisible gusano,
ante el ciego divino
cantar tu gloria . . . ? ¡Oh, no, que no poseo
la lira de tres cuerdas con que el divo
padre del arte, Orfeo,
hiciera un tiempo, grave y expresivo,
resonar del Euxino al Helesponto
los valles sin rumor del mundo nuevo!

(Ex-Tripode).

¡Mas, si no en el sagrado
tricorde vibrador del plectro nuevo,
con el derecho altivo
del bardo, mares y épocas trasmonto,
y desde el olvidado
trípode secular de lo pasado
a predecir me atrevo,
oh diosa, que tu tipo primitivo
va a corromperse, a degradarse pronto . . . !
¡Los del bello ideal, nobles atletas,
olímpicos poetas,
enervarán su inspiración divina

cuyo origen remonta
al centro de tu luz, en las banales
molicias de Amatonta,
y dados al amor de la ciprina
fascinadora Venus Citerea,
en ficciones sensuales
profanarán tu idea
y harán rodar tus miembros virginales,
manchados, prostituidos y maltrechos,
por todos los del vicio infames lechos!
¡Los reyes del cincel en cortesana
te trocarán y en lúbrica bacante;
y con mano profana
y paso vacilante,
olvidados del culto
de todas las celestes armonías,
para colmo de insulto
te arrastrarán a todas las orgías
del mármol y del bronce; tu figura
noble, virgínea y pura,
en donde se retrata,
como en bruñida lámina de plata,
la luz de las divinas beatitudes,
plegarán, en su afán de formas varias,
a innobles, a lascivas actitudes;
y en tu cuerpo, dechado
de castidad, con el cincel manchado
el alma insinuarán de las Hetairas . . . !
¡Venus va a sonreír . . . ! ¡Del baño reina
ya sale, ya se enjuga, ya se peina,
ya al espejo se mira, ya una rosa
apenas entreabierta
se prende a los cabellos, ya se jacta,
viéndose descubierta,
de casta y pudorosa . . . !
Mas, ¿qué te importa, oh, diosa?
¡Tú sales siempre intacta
e ignorante, a la par, de tanta impía
profanación sacrílega del día!

(« *Volge sua sfera e beata si gode* »).

¡Que eres tú semejante
a la fortuna que el divino Dante
nos hace ver en su inmortal Poema
la rueda volteando como emblema
de la Justicia celestial, los males
derramando y los bienes
sobre el grupo infeliz de los mortales
en misteriosa proporción, hay quienes
le lanzan su anatema,
quienes su bendición, mas Ella, en calma,
soberana entre todas las criaturas,
caso ninguno hace
de blandos ruegos o amenazas duras,
y en la tranquila beatitud de su alma,
en dar vuelta a la esfera se complace!
Así, también en tu inmortal pureza
baña su amor el corazón que ama,
o el pecho corrompido en tu belleza
casta corre a encender su impura llama;
mas ver no puedes de la torpe injuria
desde tu erguido pedestal las huellas,
ni alcanzará jamás la vil lujuria
a mancillar tu zócalo de estrellas.

¡Así, tú, recogida,
dentro tu propia esencia sacrosanta,
numen de Amor y perfección y vida,
serena ves girar y complacida
la esfera sideral bajo tu planta!

Caracas, 15 de febrero de 1890.

BIBLIOGRAFIA FUNDAMENTAL

PEREZ BONALDE, J. A., *Estrofas*. Nueva York, 1877.

PEREZ BONALDE, J. A., *Ritmos*. Nueva York, 1880.

PEREZ BONALDE, J. A., *El poema del Niágara*. Nueva York, 1880.

PEREZ BONALDE, J. A., *El Cancionero*. (Heinrich Heine, « Das Buch der Lieder »). Traducción directa del alemán. Tip. de Thompson & Moreau. Nueva York, 1885.

PEREZ BONALDE, J. A., *El Cuervo*. (Edgar Allan Poe, « The Raven »). Traducción directa del inglés. « La América » Publishing Co. By E. P. Dutton & Co. Press of J. J. Little & Co. Nueva York, 1887.

PEREZ BONALDE, J. A., *Poetas y Traducciones*. Biblioteca Popular Venezolana, N° 20. Ediciones del Ministerio de Educación. Imprenta Nacional. Caracas, 1947.

PEREZ BONALDE, J. A., *Poemas*. Tipografía Universal. Caracas, 1929.

PEREZ BONALDE, J. A., *Gloria in Excelsis*. Boletín de la Academia Venezolana correspondiente de la Española, N° 49. Caracas, 1946.

PEREZ BONALDE, J. A., *Juicio crítico*. Sobre « Perfiles Venezolanos o Galería de hombres célebres de Venezuela en las Letras, Ciencias y Artes », por Felipe Tejera. « La Opinión Nacional ». Caracas. 26, 28, 29 y 30 de agosto de 1882.

PEREZ BONALDE, J. A., *Perfiles contemporáneos: Ricardo Wagner*. « La Opinión Nacional ». Caracas, 31 de marzo y 2 de abril de 1883.

PEREZ BONALDE, J. A., *Juvenilia*. Boletín de la Academia Venezolana correspondiente de la Española, N° 49. 1946.

ALBAREDA, Ginés de, y GARFIAS, Francisco, *Antología de la poesía hispanoamericana: Venezuela*. Biblioteca Nueva. Madrid, 1958.

ANDERSON IMBERT, Enrique, *Historia de la literatura hispanoamericana*. Breviarios del Fondo de Cultura Económica. México, 1961.

ARRAIZ, Antonio, *Bosquejo de la cultura venezolana*. Revista Nacional de Cultura, N° 55. Caracas, 1946.

BARNOLA, Pedro Pablo, S. J., *Estudios crítico-literarios*. Impresores Unidos. Caracas, 1945.

« Boletín de la Academia Venezolana correspondiente de la Española », N° 49. Caracas, 1946.

CAILLET-BOIS, Julio, *Antología de la poesía hispanoamericana*. Aguilar. Madrid, 1958.

CAMPOS, Jorge, *Antología hispanoamericana*. Ediciones Pegaso. Madrid, 1950.

CARO, Miguel Antonio, *Obras completas*. Imprenta Nacional. Bogotá, 1921.

CORREA, Luis, *Terra Patrum*. Impresores Unidos. Caracas, 1941.

CREMA, Edoardo, *Interpretaciones críticas de literatura venezolana*. Publicaciones de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1956.

DIAZ SEIJAS, Pedro, *Historia y antología de la literatura venezolana*. Jaime Villegas editor. Caracas, 1962.

DOMINICE, Pedro César, *Tronos vacantes*. Imprenta López. Buenos Aires, 1942.

GUERRERO, Luis Beltrán, *Humanismo y romanticismo*. Ediciones Nueva Cádiz. Caracas, (sin fecha).

GOMEZ RESTREPO, Antonio, *Historia de la literatura colombiana*. Ediciones de la Revista Bolívar. Bogotá, 1957.

GONZALEZ PORTO-BOMPIANI, *Diccionario literario*. Montaner y Simón. Barcelona, 1960.

GRASES, Pedro, *Añoranzas de Venezuela*. Biblioteca Popular Venezolana. Ediciones del Ministerio de Educación. Caracas, 1946.

GRASES, Pedro, *Temas de bibliografía y cultura venezolanas*. Editorial Nova. Buenos Aires, 1953.

HENRIQUEZ UREÑA, Max, *Breve historia del modernismo*. Fondo de Cultura Económica. México, 1954.

HENRIQUEZ UREÑA, Pedro, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. Fondo de Cultura Económica. México, 1954.

HEINE, H., *Buch der Lieder*. Hoffmann und Campe. Hamburg, 1827.

HEINE, Henri, *Libro de Canciones*. Aguilar, Madrid, 1951.

JOHNSON, Jr., Ernest A., *Unos datos más sobre Juan A. Pérez Bonalde*. Boletín de la Academia Venezolana correspondiente de la Española, Nos. 90, 91 y 92. Caracas, 1956.

KEY AYALA, Santiago, *Obras selectas*. Ediciones Edime. Madrid-Caracas, 1955.

MARTI, José, *Páginas escogidas*. Casa Editorial Garnier Hermanos. París, 1919.

MARTI, José, *Escritos de un patriota*. Buenos Aires, 1946.

MEDINA, José Ramón, *Juan Antonio Pérez Bonalde*. Ediciones de la Fundación Eugenio Mendoza. Caracas, 1954.

MERCHAN, Rafael María, *Estudios críticos*. Editorial América. Madrid, 1917.

NUCETE SARDI, José, *Pasión americana de Martí. Sus amigos de Caracas. Una carta de Martí para Pérez Bonalde*. « El Nacional », 20 de diciembre de 1962. Caracas.

PHALEN, Kurt, *Historia de la música*. Ediciones Carlos Lohlé. Buenos Aires, 1957.

PÉREZ TRIANA, Santiago, *De Bogotá al Atlántico*. Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. Publicaciones del Ministerio de Educación. Bogotá, 1942.

PICÓN FEBRES, Gonzalo, *La Literatura venezolana en el Siglo XIX*. Talleres Gráficos Ayacucho. Buenos Aires, 1947.

PICÓN SALAS, Mariano, *Estudios de literatura venezolana*. Ediciones Edime. Madrid-Caracas, 1961.

PICÓN SALAS, Mariano, *Obras selectas*. Ediciones Edime, Madrid-Caracas, 1953.

PLANCHART, Julio, *Temas críticos*. Ediciones del Ministerio de Educación. Caracas, 1948.

POMBO, Rafael, *Poesías completas*. Aguilar. Madrid, 1957.

« Revista Nacional de Cultura », Nos. 28 y 30. Caracas, 1941.

« Revista Nacional de Cultura », N° 54. Caracas, 1946.

SEMPRUN, Jesús, *Crítica literaria*. Ediciones Villegas. Caracas, 1956.

Sociedad Pérez Bonalde de Caracas, *Homenaje a Pérez Bonalde*. Imprenta Bolívar. Caracas, 1903.

SOTO, César Humberto, *Personajes célebres de Venezuela*. Impresores Unidos. Caracas, 1946.

TEJERA, Felipe, *Perfiles venezolanos o galería de hombres célebres de Venezuela en las Letras, Ciencias y Artes*. Imprenta Sanz. Caracas, 1881.

USLAR PIETRI, Arturo, *Obras selectas*. Ediciones Edime. Madrid-Caracas, 1956.

Varios, *Primer libro venezolano de literatura, ciencias y bellas artes*. Tipografía El Cojo. Caracas, 1895.

ZUMETA, César, *Notas críticas*. Cuadernos literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos. Caracas, 1951.

INDICE

EL CANCIONERO	11	V. Ella	46
<i>El Esfinge</i>	13	VI. La ocasión	46
<i>Cuñtas juveniles</i>	17	VII. Los dos granaderos	47
SUEÑOS	19	VIII. El mensaje	48
I.	19	IX. El regreso	49
II.	19	X. Don Ramiro	49
III.	22	XI. Baltazar	54
IV.	23	XII. Los trovadores	56
V.	23	XIII. Desde el balcón	57
VI.	25	XIV. El caballero herido	57
VII.	27	XV. La partida	58
VIII.	27	XVI. Canción del arrepenti-	
IX.	34	miento	58
X.	35	XVII. La canción de los du-	
CANCIONES	36	cados	60
I.	36	XVIII. Molinos de viento ..	61
II.	36	XIX. Huyamos	62
III.	37	XX. Desiste	63
IV.	37	SONETOS	63
V.	38	I. A mi madre	63
VI.	39	II.	64
VII.	40	III. A H. S.	64
VIII.	40	SONETOS AL FRESCO	65
IX.	41	I.	65
BALADAS	42	II.	66
I. El triste	42	III.	66
II. La voz de la montaña ..	42	IV.	67
III. Los dos hermanos	43	V.	67
IV. El pobre Pedro	44	VI.	68

VII.	68	XLIII.	93
VIII.	69	XLIV.	93
IX.	69	XLV.	94
<i>Intermezzo lirico.</i>	71	XLVI.	94
Prólogo	73	XLVII.	95
I.	75	XLVIII.	95
II.	75	XLIX.	96
III.	75	L.	96
IV.	75	LI.	97
V.	76	LII.	97
VI.	76	LIII.	98
VII.	76	LIV.	98
VIII.	77	LV.	99
IX.	77	LVI.	99
X.	78	LVII.	100
XI.	78	LVIII.	100
XII.	79	LIX.	101
XIII.	79	LX.	101
XIV.	79	LXI.	101
XV.	80	LXII.	102
XVI.	80	LXIII.	102
XVII.	80	LXIV.	103
XVIII.	81	LXV.	103
XIX.	81	LXVI.	105
XX.	82	LXVII.	105
XXI.	83	LXVIII.	105
XXII.	83	LXIX.	106
XXIII.	83	LXX.	107
XXIV.	84	<i>El regreso.</i>	109
XXV.	84	I.	111
XXVI.	85	II.	111
XXVII.	85	III.	112
XXVIII.	86	IV.	113
XXIX.	86	V.	113
XXX.	87	VI.	114
XXXI.	87	VII.	115
XXXII.	88	VIII.	115
XXXIII.	88	IX.	115
XXXIV.	89	X.	116
XXXV.	89	XI.	117
XXXVI.	89	XII.	118
XXXVII.	90	XIII.	118
XXXVIII.	90	XIV.	119
XXXIX.	90	XV.	119
XL.	91	XVI.	119
XLI.	91	XVII.	120
XLII.	92	XVIII.	120

XIX.	121	LIV.	137
XX.	121	LV.	138
XXI.	122	LVI.	138
XXII.	122	LVII.	139
XXIII.	123	LVIII.	139
XXIV.	123	LIX.	140
XXV.	124	LX.	140
XXVI.	125	LXI.	140
XXVII.	125	LXII.	141
XXVIII.	126	Doña Clara	141
XXIX.	127	Idilio	144
XXX.	128	La romería a Kevlaar	144
XXXI.	128	El pastorcillo	147
XXXII.	128	El crepúsculo de los dioses	148
XXXIII.	129	<i>El Cuervo</i>	151
XXXIV.	129	<i>Otras traducciones</i>	159
XXXV.	130	Adiós	161
XXXVI.	130	Tres sonetos	161
XXXVII.	130	La maldición del bardo	164
XXXVIII.	131	Mis ocho años	168
XXXIX.	131	Súplica	170
XL.	132	La primera piedra	170
XLI.	132	El cielo en la tierra	172
XLII.	132	El hijo de la pena	173
XLIII.	133	Su lecho	175
XLIV.	133	Los tres amores	176
XLV.	134	Ruinas	177
XLVI.	134	El caballero nocturno	181
LXVII.	135	Mío y no mío	182
XLVIII.	135	Te e eu	183
XLIX.	135	As ondinas	183
L.	136	Venus victrix	184
LI.	136	<i>Bibliografía fundamental</i>	195
LII.	137		
LIII.	137		

SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTE LIBRO,
REALIZADO EN LOS TALLERES DE
ITALGRAFICA, C. A., CARACAS,
EN EL MES DE MAYO DE 1964